PBT

Año XV. N.° 691

20 de Febrero de 1918



UNA MORENA
Y UNA RUBIA

Cuadro de Julio Borrell.

Dirección, Redacción
y Administración:

Av. Julio A. Roca 531



Teléfonos

Dirección, Redacción
y Administración:

Unión T. 2402, Avenida
Coop. T. 1398, Central

HUMORÍSTICO
NOTICIOSO
INSTRUCTIVO

DIRECTOR:
SIDNEY A. SMITH

Precios de subscripción

EN LA CAPITAL			EN EL INTERIOR		
Trimestre	$	2.50	Trimestre	$	3.00
Semestre	»	5.00	Semestre	»	6.00
Año	»	9.00	Año	»	11.00
Número suelto	»	0.20	Número suelto	»	0.25
Número atrasado	»	0.40	Número atrasado	»	0.50

EN EL EXTERIOR

Trimestre	$ oro	2.00
Semestre	»	4.00
Año	»	8.00

Encuadernación:

Por encuadernar cada tomo correspondiente a un bimestre hasta el número 457 inclusive	$	1.60
Por cada tapa suelta, íd., íd	»	0.90
Por encuadernar cada tomo bimestral, del número 458 en adelante	»	2.00
Por cada tapa suelta, íd., íd	»	1.00
Por encuadernar cada tomo trimestral, del número 619 en adelante	»	3.00
Por cada tapa suelta, íd., íd	»	1.50

Para precios de propaganda dirigirse al Jefe Sección Avisos.

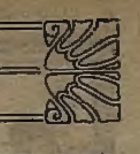
No se devuelven los originales, ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórteres, fotógrafos, cobradores, agentes viajeros y demás representantes de esta revista justificarán su personalidad documentalmente, rogándose al público no reconozca en tal carácter a quien no presente el referido testimonio de identidad firmado y sellado por la Administración.

El Administrador.

JUANCITO EL CONQUISTADOR



En todos los números se publicará una de estas historietas, que nos remitan nuestros pequeños lectores.



PÁGINA FEMENINA

NUEVOS MODELOS DE DESHABILLÉS

Presentamos a nuestros lectores cinco nuevos modelos de «deshabillés», en cuya confección se combina la elegancia con el buen gusto.

El primero (contando de izquierda a derecha) se confecciona en linón fino adornado con ancho entredós valenciennes. En los bajos llevan un entredós valenciennes fruncido. «Corsage» abierto en ángulo, ceñido al talle por una cinta de liberty con un lazo.

El segundo es una combinación adornada de bandas de linón bordado y entredoses de encaje. «Corsage» con descote cuadrado con banda formando tirantes. Plastión y peto fruncido. Cintura alta abotonada a la espalda; volante de finísimo encaje en los bajos.

Es el tercer modelo en batista adornada con entredoses de Irlanda. «Corsage» forma Empire, con tirantes de encaje, de los que parten los pliegues que dan amplitud a la pollera. Esta, ligeramente fruncida alrededor, está adornada con entredoses superpuestos.

Muy elegante es la combinación del modelo que figura en cuarto lugar. Está confeccionada en «pongé» «pétalo de rosa» guarnecida de trencillas y cintas liberty. «Corsage Empire» con tirantes de cinta unidos al talle por un lazo. Pollera con colgantes bordados. Y el último modelo es en crepé de China «Champagne», guarnecido de un ancho volante de Chantilly y entredoses bordados al plumetis. «Corsage Empire» con dobles tirantes de cinta anudados en los hombros y con entredoses bordados. Pollera fruncida con ancho volante Chantilly. Lazo anudado delante con largas caídas.

CONSULTORIO

A. Heliotropo, San Martín. — Se usan de seda en esta época y vuelven a estilarse largos. Para las pestañas, untarse el borde de los párpados con aceite del ricino todas las noches.

A Souvenir d'amour. — Habiéndole dicho que no y viviendo lejos de esa localidad, es difícil que su ex festejante vuelva a las andadas. Antes de dar una contestación definitiva, es necesario pesar el pro y el contra de las cosas; no precipitar una respuesta sin cerciorarse de los sentimientos propios y ajenos. Lamento verdaderamente su tristeza, pero es usted una niña, y las penas verdaderas no andan sino en corazones viejos. Ya vendrá, y muy pronto, quien le haga olvidar a «él» y a mí.

A Mimosa. — La glicerina da al cutis un tono grisáceo. Le conviene más usar la siguiente preparación, que es de las más inofensivas: Agua de rosas, 200 gramos; lechada de almendras espesa, 200 gramos; tintura de benjuí, 20 gramos. Poner rodajas de pepinos en agua durante 24 horas y usarla para lavarse. Por la mañana, frotarse el rostro con un papel de seda blanco para quitar la grasitud del cutis. No le convienen los baños ni las recetas que indica.

A Una rubia triste, Pergamino. — Puede retribuir los obsequios con alguno sencillo, de buen gusto y que sea de uso personal. Una fosforera de plata y esmalte, unos gemelos, un alfiler de corbata, etc. El peinado es con todo el cabello hacia atrás, sujeto con un gran moño de cinta. Las cintas para el cuello no se usan tanto; los collares sí, de toda clase y color. El vestido deberá ser muy sencillo. La falda, ligeramente fruncida al talle, sin otro adorno que botoncitos; la bata amplia, llevando por delante un bordado en armonía con el tono del vestido. Para las manos, evite los trabajos rudos de la casa y frótelas todas las noches con aceite de almendras dulces.

NUEVAS MANERAS DE NADAR

Los deportes progresan tanto como las ciencias, o mejor dicho, hay una ciencia del deporte que progresa tanto como cualquier otra. Prueba de ello tenemos en la natación. Hace algunos años nadie conocía mejor manera de nadar que la vulgar *braza*, pero los ingleses idearon lo que ellos llaman el *over arm stroke*, y pronto este nuevo nado fué adoptado por casi todos los buenos nadadores del mundo entero.

El éxito obtenido por este sistema inglés fué causa de que tras él apareciesen otros, igualmente ingleses o norteamericanos, como lo indican sus nombres, que han tomado carta de naturaleza en el tecnicismo de la natación sin ser traducidos. Entre estos nuevos sistemas está el *strudgeon*, que consiste en un movimiento alternativo de los brazos, echados hacia delante; la mano entra en el agua con los dedos un poco encogidos, y el nadador parece apoyarse sobre todo el antebrazo; para avanzar, un balanceo levanta el brazo en el aire. A este movimiento de brazos, las piernas no acompañan sino muy débilmente: van juntas y extendidas, con los pies estirados, y apenas hacen más que un simple movimiento de cola de pez.

Al contrario de lo que en este procedimiento sucede, en el *over arm stroke* las piernas son las que determinan la propulsión mediante un movimiento que los iniciados denominan el «tijeretazo», porque las dos piernas se abren y se cierran exactamente como unas tijeras.

El papel de los brazos en este sistema es casi secundario: sólo sirven de auxiliares en la marcha y para cambiar de dirección.

Recientemente, algunos nadadores, y entre ellos la encantadora miss Kellerman, hoy célebre estrella de la cinematografía yanqui, han modificado el *strudgeon* combinándolo con el *over arm stroke*. Conservando los movimientos de brazos del primero, han tomado del segundo el tijeretazo. Nadan de pecho, pero dando al cuerpo un ligero movimiento de rotación, y hacen el tijeretazo en el momento en que mueven uno de los brazos, es decir, cuando el cuerpo se inclina a la derecha o cuando se inclina a la izquierda, pero nunca en los dos tiempos seguidos. A cada dos movimientos de los brazos, corresponde, por tanto, un sólo tijeretazo.

Todavía más moderna es otra modificación del *strudgeon* traída de Australia a Europa por el nadador Keran, y a la cual se ha dado el nombre de *cravol*.

Los movimientos de los brazos son en este procedimiento idénticos a los del primitivo *strudgeon*, pero las piernas se mueven alternativamente hacia atrás, sólo de rodillas para abajo. Los muslos quedan en línea con el cuerpo, pero sin rigidez, y la pierna se dobla por la rodilla. Los movimientos de las piernas acompañan a los de los brazos, de modo que a dos de los segundos corresponden dos también de los primeros; pero estos movimientos son diagonalmente opuestos, es decir, que la pierna derecha se mueve a la vez que el brazo izquierdo, y la izquierda a la vez que el brazo derecho.

Aun cuando son muchos los nadadores que abogan por el *strudgeon*, modificado o no, parece probado que nunca puede competir este método con el *over arm stroke*. En el Norte de Inglaterra, y especialmente en el Lancashire, de donde han salido muchos nadadores de fama universal, se acaba de introducir en este sistema una innovación que debe ser por ahora considerada como la última palabra en el arte de nadar.

Ya hemos dicho que la propulsión resulta en el *over arm stroke* de juntar bruscamente las piernas. Hasta ahora se creía que cuanto más se separasen al iniciar el movimiento era tanto mejor, porque al juntarlas se tomaba entre ellas mayor volumen de agua; pero se ha demostrado que los resultados son más notorios, acortando, digámoslo así, el tijeretazo y dando un fuerte golpe hacia atrás con el pie: una verdadera coz. Ahora, por consiguiente, una de las piernas, la que queda encima al ladear un poco el cuerpo, se adelanta ligeramente unos cuarenta centímetros, mientras la otra se dobla por la rodilla, dejando el muslo en línea con el cuerpo y levantando el pie hacia atrás todo lo que se pueda. Los brazos no hacen más que un ligero movimiento de balancín, sin extenderse mucho; la mano que se adelanta no necesita pasar más allá de la cabeza.

Todos estos métodos, leída su descripción, parecen complicadísimos y difíciles de aprender. Sin embargo, cualquier nadador iniciado en los procedimientos ordinarios, puede llegar a ser maestro en éstos si los ensaya sistemáticamente fuera del agua hasta estar seguro de que ha comprendido los movimientos.

La natación es un arte, porque el hombre no sabe nadar instintivamente, como los demás animales; su organización es contraria a esta especie de locomoción; la posición horizontal no le conviene sino para el reposo; su peso específico lo hunde en el líquido, debajo del cual no puede respirar, y su inteligencia, por otra parte, le hace entrever un peligro cuyo temor paraliza sus esfuerzos. Conviene que el hombre aprenda este arte, por cuanto en diversas circunstancias se hallará expuesto a los peligros que hace correr el agua, y por no privarse del precioso recurso gimnástico de la natación. Este se ha hecho hoy día un artículo esencial de la educación, y es un dolor que no estén más generalizadas y reguladas las escuelas de natación.

Este ejercicio, por los movimientos combinados que exige, desarrolla una gran fuerza muscular, y por el medio en que se hace la natación produce todos los buenos efectos del baño frío. En la natación se realizan grandes esfuerzos y, sin embargo, a diferencia de los demás ejercicios activos, no hay sacudidas fuertes ni se experimenta ninguna pérdida; la temperatura del agua y su presión sobre el cuerpo se oponen a que éste le sufra; de aquí el sentirse con tanta prontitud los efectos tónicos de nadar.



EL CARNAVAL EN ROSARIO



Máscaras en la gran escalinata de honor del Club Español, durante el baile.



Parte de la concurrencia al baile de disfraz celebrado en el Club Italiano.



Durante unos «lanceros» en el baile de fantasía y disfraz del Círculo Entre Nous.



Bailando una «polonesa» en los salones de la Comisión de Fomento de Alberdi.



Corso de Alberdi. — Carroza «La Mascota».



Corsó de Alberdi. — Señoritas Cordiviola e Ibarra.



Carroza «Los Sportsmen Botarates».



Comparsa «Los Descontentos».

Fot. Ortiz.

COLABORACIÓN ESPONTÁNEA

NO PRETENDAS...

No pretendas saber por qué me alejo
lentamente de la soñada playa,
en donde bello imaginé el reflejo
de un sol ardiente de esplendencia maya...
No pretendas saber por qué en la arena
quedó suspensa la oración del alma,
ni imagines que el verbo se enajena
del viajero que arrédrase en la calma...
No pretendas dejar como constancia
de mi amor los papeles que guardaste,
aquellos papeluchos de ignorancia
que hicieron con tu amor brusco contraste...
No pretendas dejar que el huracán
arrastre tu recuerdo de mi mente,
y piensa que las horas que se van
pueden lejos llover sobre mi frente...
No pretendas tampoco que mi orgullo
muera tan pronto sin haberme dado
la preciosa caricia del murmullo
que nos llega después de haber amado.
No pretendas decir, cuando me oculte,
que mi lira quebré por displicente,
porque, aunque rota al transmigrar resulte,
ha de rota gemir eternamente!...
No pretendas robarme lo que tienes
en otro corazón hasta con creces,
en otro corazón donde convienes
con la paz eternal que tú mereces...
Ni pretendas hacer que no me aleje
para siempre tal vez, de estos lugares
donde nada ya existe que refleje
una imagen siquiera en mis pesares...
Porque la vida que soñé no existe,
y confesar tristezas fuera vano...
¡Sólo sé que un amor estando triste
está como en las garras de un milano!
Y sé que a más de todo lo que ignoras,
del delirio frenético en que estoy,
habrán otras mañanas sin auroras
y un inmenso futuro donde voy!
Una larva su seda está tejiendo,
para pronto formar en el olvido
un capullo que debe, recrujiendo,
guardar del corazón hondo latido.
Me voy para que nunca mi tristura
pretenda detener ante tu puerta
el carro, que llevando mi amargura
cruza del duelo la extensión desierta.

. . . .

No pretendas decir cuando me oculte
que mi lira quebré por displicente,
porque aunque rota al transmigrar resulte,
ha de rota gemir eternamente.

Horicel L. Sandoval.

CANCIONERO POPULAR

I

Si las rejas de tu estancia
contaran lo que han oído
de tu amor, habría tema
para hacer... ¡menudo libro!

II

Dicen que muy poco vale
lo que fácil se ha adquirido.
¿Cómo ha de dar buena fruta
una planta sin cultivo?

III

Si el tiempo que has malgastado
yendo a caza de maridos
en remendar lo emplearas...
¡Cuánto hubieras aprendido!

IV

Con lo que te enseñó el tiempo,
¿no irías hoy por distinto
rumbo si dable te fuera
desandar lo recorrido?

V

La cruz que llevas al pecho
como divisa de Cristo,
¡cuántas veces la pusiste
jurando amor por testigo?

VI

Los juramentos que hacías
entre pucheros fingidos,
los sabías de memoria,
jurando a todos lo mismo.

VII

Mas como era el dar promesas
para tu lengua un oficio,
ya no te las cree hoy nadie
ni ante la cruz... ¡Te has lucido!

Hilario Martínez.

FACULTAD DE CIENCIAS MEDICAS

MEDICOS GRADUADOS EN 1917


Emilio Argouz.

D'Angelo Anzozena.


Alejandro D'Agostino.


Alberto Gutiérrez.


Antonio R. Arias.


Luis Ayerza.


Angel Astiz.


Juan Luis Celasco.


David Bernal Avila.


Hugo Buffetti.


Ernesto Bascaray.


C. A. Bonisio.


J. C. Bidar Malbrán.


J. Enrique Barraque.


José Bartuza.


Adolfo Bergman.


Raúl Bello.


F. Etcheverri Boneo.


Roberto Benítez.


R. Bustos Morón.


Fortunato Briancesco.

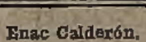

David R. Brown.


A. Raúl Bergara.


Luis González Lelong.



Alberto Casari.

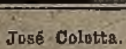


Enac Calderón.


M. A. Campana.


León A. Chevalliere.


Miguel A. Ciuffi.


Carlos Correas.



José Coletta.


Juan P. Catino.


Ricardo Donobal.


José J. Degrossi.


Vicente Defelice.

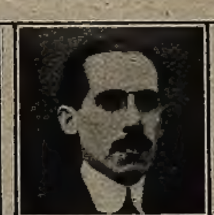

Alfredo Dodds.


Atilio Daneri.


Carlos Carreño.


Enrique Dameno.


Pedro Espetxe.

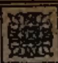

Alberto S. Figueroa.


Heriberto T. Fiorda.

(Continuará).



LOS APELLIDOS Y SU ORIGEN



MONTAGUD. — Montagud o Montagut no son sino alteraciones lemosinas del apellido navarro Monteagudo, que corresponde a una de ellas doce primeras casas de ricohombres de Navarra. Es muy posible que quien llevase este apellido al antiguo reino de Aragón fuese un noble navarro, Bernardo Montagudo o Montagut, que figuró en la conquista de Valencia por el rey don Jaime, por más que en la misma campaña ya se distinguió un Guillermo de Montagut que procedía del condado de Urgel. Según Mosen Jaime Febrer, este último traía por armas, en campo de gules, un peñasco con un castillo encima, y en el homenaje una bandera de plata, mientras Bernardo Montagut y sus descendientes usaron escudo de oro con dos montes muy escarpados y puntiagudos.





MAYOL. — De este apellido, sobre cuyo origen se ha fantaseado sin ningún fundamento serio, lo único que de cierto se sabe es que es de origen lemosín. Hoy se encuentra lo mismo en Francia que en Cataluña, siendo muy probable que su antigüedad se remonte a los orígenes del condado de Barcelona, o acaso a época anterior.

Las armas de Mayol son en campo de oro, un brazo vestido de manga talar, empuñando una rama fructífera de vid, de sinople.

MANRIQUE DE LARA. — Este ilustre apellido desciende de Diego Porcelos, que pobló la ciudad de Burgos en 884.

Del matrimonio de don Pedro de Lara y doña Sancha, hija del rey de Navarra D. García, nació un hijo que casó con la heredera de *Aimerich*, señor de la villa de Narbona, cuyo nombre adoptaron los cónyuges, y que con el transcurso del tiempo se corrompió por diferencia de dialectos y desconocimiento de ortografía, hasta *Amalrique* y *Manrique*.

En esta linajuda familia ha habido figuras como la del conde D. Manrique, tutor de Alfonso IX.

El escudo de armas de esta casa es de gules con dos calderos jaqueados de oro y sable, con siete cabezas de serpiente en las asas.

GAONA. — Los de este linaje tienen su solar en Gaona, provincia de Alava; distinguióse en tiempos de don Enrique II de Trastamara, un caballero de este nombre, que lo acompañó en la batalla de Nájera, en la que fué desbaratado y vencido don Enrique, y en peligro por haber perdido su caballo, el cual Gaona le dió el suyo, y con él pudo ponerse en salvo, por cuyo motivo le fueron concedidas grandes mercedes y privilegios. Otro de los de este apellido fué Ruy Díaz de Gaona, casado con doña María Vélez de Medrano, con la que tuvo tres hijas: doña María, doña Catalina y doña Elvira; fundó tres mayorazgos, y a la muerte de su esposa, se hizo sacerdote y fué arcediano de Calahorra, muy protegido del rey don Juan II.

Sus armas son: en campo azul, un caballero armado en un caballo blanco, con la espada en la mano y el brazo tendido; otros de este linaje usaron diversas armas: en campo azul, dos Calderos y en cada uno de los cabos de las asas, tres sierpes retorcidas unas con otras, en color rojo.



PÁGINA INFANTIL

SOMBRAS CHINESCAS

(Conclusión)

Antes de comensar, muchos exigen como requisito indispensable varios ejercicios preparatorios para adquirir flexibilidad y soltura en los dedos y las manos. Otros, por el contrario, creen tiempo perdido el que se emplea en ellos, y aconsejan comenzar desde luego a proyectar figuras. Para la mayor parte de los niños es, sin duda, muy conveniente hacer, por lo menos, los ejercicios que indicamos a continuación, y repetir muchas veces en las figuras las posiciones en que encuentren mayor dificultad.

Separación de unos y otros dedos entre sí, dejando los demás bien unidos y estirados.

Flexión de dedos, doblando unos todo cuanto se pueda, teniendo los otros bien estirados.

Flexión de falanges, primera o segunda, o las dos a la par, en todas direcciones, y de uno o más dedos al mismo tiempo.

Superposición, recogiendo unos dedos delante o detrás de los otros.

AVES.—El gallo: Se cierra la mano izquierda, estirando el pulgar hacia sí; sobre ella se apoya la derecha, con los dedos encorvados para formar la cresta, y el pulgar, algo más bajo que el izquierdo, forma con él el pico.

La paloma: Se ponen las dos manos vueltas hacia la luz, la izquierda delante de la derecha, cruzando los pulgares de modo que se junten las yemas; los demás dedos, juntos y casi de perfil, forman las alas, que se baten moviéndolas.

El águila: El pulgar de la derecha forma la parte inferior del pico, y los dedos, de perfil, la superior. La izquierda se pone sobre la derecha, casi en la misma postura, excepto el meñique, que conviene dejar estirado para formar bien el ojo.

El papagayo: Se coloca verticalmente la mano derecha, con el pulgar recto y las primeras falanges de los demás dedos dobladas a la altura del pulgar. El índice de la izquierda, colocado horizontalmente debajo de la muñeca derecha, forma la «percha», y los otros dedos, doblados en ángulo recto, la cola del pájaro.

El ánade: Dóblese bien el dedo medio de la mano derecha; en la yema del pulgar se apoya el índice encorvado, para formar la cabeza y el ojo; el anular y el meñique estirados hacen el pico. El brazo izquierdo, doblado en posición horizontal, forma con el codo la pechuga, y la mano, extendida o plegada, hace el ala.

El cisne: El brazo derecho, desnudo y doblado verticalmente, forma el cuello; la mano, puesta exactamente como en la anterior, hace la cabeza. La izquierda, cerrada o abierta, forma el ala. Volviendo el brazo derecho hacia sí, moviendo la cabeza y acercando el ala, resulta un bonito cisne.

Los patitos: Esta hermosa silueta se forma poniendo de frente las dos manos como estaba la derecha en las tres figuras anteriores. Proyectando una figura mayor que otra, parece que la madre está dando de comer o acariciando al pollito. Para que salga con más perfección, es preferible que las proyecten dos niños. A todas estas figuras pueden dárseles los diversos movimientos propios de cada uno. Entre dos niños colocados frente a frente pueden proyectar dos papagayos que se hacen varias muecas, dos cisnes que se pican, un águila que agarra a otra ave por la cabeza y se la lleva en el pico, etc., etc.

CUADRÚPEDOS.—El gato: Es bien fácil de hacer. La manga del antebrazo izquierdo, doblado verticalmente, forma el cuerpo; la mano, con los dedos anular y medio bien doblados, hace la cabeza; el pulgar bien oculto sujeta unas pajitas cuando se le quiere poner «barbas», y el índice y meñique medio doblados proyectan las orejas. El índice de la mano derecha, asomando por debajo del codo izquierdo, forma la cola. Moviendo la mano y el brazo se imitan muy bien los contoneos del gato.

















El perro dogo: Los dedos de la derecha medio cerrados hacen la parte superior del hocico, y el pulgar la inferior. La mano izquierda se coloca de medio perfil, apoyando en la derecha la punta de los dedos encorvados, y forma muy bien la cabeza y el ojo, y el pulgar la oreja. Levantando bruscamente la figura, abriendo y cerrando a la par la boca, imita muy bien el ladrido, sobre todo si el artista acompaña el gesto con la voz.

El perrillo faldero: La punta del dedo medio montada sobre el índice forma la cabeza; el anular y meñique, las manos. La mano izquierda, apoyada en la muñeca derecha, hace con el pulgar la cola, y con el índice y medio ligeramente encorvados, las patas. Da muestras evidentes de alegría moviendo la cabeza y la cola, escarbando la tierra, etc., etc.

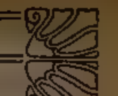
El mastín: Los dedos de la izquierda forman el hocico, ocultando el índice con el medio, y el pulgar una de las orejas. La otra se hace con el pulgar derecho; el índice, bien arqueado, forma la frente; los tres dedos restantes forman el hocico.

El perro hambriento: Sobre la derecha se apoya la izquierda algo escorzada, vueltas las dos hacia abajo. Los pulgares forman las orejas; los dedos restantes de la izquierda, la cabeza y parte superior del hocico; el anular y meñique de la derecha hacen la mandíbula inferior, y con el índice o medio se proyecta la lengua. Se imita muy bien el acto de tomar la presa, comerla, ladrar, etc., moviendo las partes de la figura.

El burro: ¡A qué niño no le gusta la simpática figura de este airoso jumentillo? No es difícil hacerla. Dóblese la mano izquierda inclinando los dedos hacia el suelo; con ella se forma la cabeza, y con los dedos la parte superior del hocico, ocultando el índice y meñique. El índice derecho, encorvado y apoyado sobre el izquierdo, hace la frente; las puntas del anular y meñique asomando por debajo hacen el labio inferior. Los pulgares, por último, solos, y mejor con unos cucuruchos de papel, proyectan unas magníficas orejas, que no dejan nada que desear, aun a los más exigentes.

El caballo de paseo: Esta arrogante figura se forma juntando las manos con las palmas hacia abajo. Los dedos de la derecha, bien plegados, aparecen solamente por debajo para proyectar el labio inferior. El meñique de la izquierda se apoya en la yema del dedo medio de la derecha; el anular, algo encogido, sobre el anular derecho; el índice se oculta con el dedo medio. Los pulgares forman las orejas, y con una cuerda se puede imitar el freno.

El caballo de alquiler: Aparece fatigado del viaje. Se forma exactamente lo mismo que el anterior, inclinando más las manos. El anular y el meñique de la derecha, algo más abiertos, hacen el labio caído, y los pulgares más inclinados, las orejas lacias. El freno da mayor propiedad a los movimientos de la cabeza.

PÁGINA INFANTIL










SOMBRAS CHINESCAS

(Conclusión)

Antes de comenzar, muchos exigen como requisito indispensable varios ejercicios preparatorios para adquirir flexibilidad y soltura en los dedos y las manos. Otros, por el contrario, creen tiempo perdido el que se emplea en ellos, y aconsejan comenzar desde luego a proyectar figuras. Para la mayor parte de los niños es, sin duda, muy conveniente hacer, por lo menos, los ejercicios que indicamos a continuación, y repetir muchas veces en las figuras las posiciones en que encuentren mayor dificultad.

Separación de unos y otros dedos entre sí, dejando los demás bien unidos y estirados.

Flexión de dedos, doblando unos todo cuanto se pueda, teniendo los otros bien estirados.

Flexión de falanges, primera o segunda, o las dos a la par, en todas direcciones, y de uno o más dedos al mismo tiempo.

Superposición, recogiendo unos dedos delante o detrás de los otros.

AVES. — El gallo: Se cierra la mano izquierda, estirando el pulgar hacia sí; sobre ella se apoya la derecha, con los dedos encorvados para formar la cresta, y el pulgar, algo más bajo que el izquierdo, forma con él el pico.

La paloma: Se ponen las dos manos vueltas hacia la luz, la izquierda delante de la derecha, cruzando los pulgares de modo que se junten las yemas; los demás dedos, juntos y casi de perfil, forman las alas, que se baten moviéndolas.

El águila: El pulgar de la derecha forma la parte inferior del pico, y los dedos, de perfil, la superior. La izquierda se pone sobre la derecha, casi en la misma postura, excepto el meñique, que conviene dejar estirado para formar bien el ojo.

El papagayo: Se coloca verticalmente la mano derecha, con el pulgar recto y las primeras falanges de los demás dedos dobladas a la altura del pulgar. El índice de la izquierda, colocado horizontalmente debajo de la muñeca derecha, forma la «percha», y los otros dedos, doblados en ángulo recto, la cola del pájaro.

El ánade: Dóblese bien el dedo medio de la mano derecha; en la yema del pulgar se apoya el índice encorvado, para formar la cabeza y el ojo; el anular y el meñique estirados hacen el pico. El brazo izquierdo, doblado en posición horizontal, forma con el codo la pechuga, y la mano, extendida o plegada, hace el ala.

El cisne: El brazo derecho, desnudo y doblado verticalmente, forma el cuello; la mano, puesta exactamente como en la anterior, hace la cabeza. La izquierda, cerrada o abierta, forma el ala. Volviendo el brazo derecho hacia sí, moviendo la cabeza y acercando el ala, resulta un bonito cisne.

Los patitos: Esta hermosa silueta se forma poniendo de frente las dos manos como estaba la derecha en las tres figuras anteriores. Proyectando una figura mayor que otra, parece que la madre está dando de comer o acariciando al pollito. Para que salga con más perfección, es preferible que las proyecten dos niños. A todas estas figuras pueden dárseles los diversos movimientos propios de cada uno. Entre dos niños colocados frente a frente pueden proyectar dos papagayos que se hacen varias muecas, dos cisnes que se pican, un águila que agarra a otra ave por la cabeza y se la lleva en el pico, etc., etc.

CUADRÚPEDOS. — El gato: Es bien fácil de hacer. La manga del antebrazo izquierdo, doblado verticalmente, forma el cuerpo; la mano, con los dedos anular y medio bien doblados, hace la cabeza; el pulgar bien oculto sujeta unas pajitas cuando se le quiere poner «barbas», y el índice y meñique medio doblados proyectan las orejas. El índice de la mano derecha, asomando por debajo del codo izquierdo, forma la cola. Moviendo la mano y el brazo se imitan muy bien los contoneos del gato.

El perro dogo: Los dedos de la derecha medio cerrados hacen la parte superior del hocico, y el pulgar la inferior. La mano izquierda se coloca de medio perfil, apoyando en la derecha la punta de los dedos encorvados, y forma muy bien la cabeza y el ojo, y el pulgar la oreja. Levantando bruscamente la figura, abriendo y cerrando a la par la boca, imita muy bien el ladrido, sobre todo si el artista acompaña el gesto con la voz.

El perrillo faldero: La punta del dedo medio montada sobre el índice forma la cabeza; el anular y meñique, las manos. La mano izquierda, apoyada en la muñeca derecha, hace con el pulgar la cola, y con el índice y medio ligeramente encorvados, las patas. Da muestras evidentes de alegría moviendo la cabeza y la cola, escarbando la tierra, etc., etc.

El mastín: Los dedos de la izquierda forman el hocico, ocultando el índice con el medio, y el pulgar una de las orejas. La otra se hace con el pulgar derecho; el índice, bien arqueado, forma la frente; los tres dedos restantes forman el hocico.

El perro hambriento: Sobre la derecha se apoya la izquierda algo escorzada, vueltas las dos hacia abajo. Los pulgares forman las orejas; los dedos restantes de la izquierda, la cabeza y parte superior del hocico; el anular y meñique de la derecha hacen la mandíbula inferior, y con el índice o medio se proyecta la lengua. Se imita muy bien el acto de tomar la presa, comerla, ladrar, etc., moviendo las partes de la figura.

El burro: ¿A qué niño no le gusta la simpática figura de este airoso jumentillo? No es difícil hacerla. Dóblese la mano izquierda inclinando los dedos hacia el suelo; con ella se forma la cabeza, y con los dedos la parte superior del hocico, ocultando el índice y meñique. El índice derecho, encorvado y apoyado sobre el izquierdo, hace la frente; las puntas del anular y meñique asomando por debajo hacen el labio inferior. Los pulgares, por último, solos, y mejor con unos cucuruchos de papel, proyectan unas magníficas orejas, que no dejan nada que desear, aun a los más exigentes.

El caballo de paseo: Esta arrogante figura se forma juntando las manos con las palmas hacia abajo. Los dedos de la derecha, bien plegados, aparecen solamente por debajo para proyectar el labio inferior. El meñique de la izquierda se apoya en la yema del dedo medio de la derecha; el anular, algo encogido, sobre el anular derecho; el índice se oculta con el dedo medio. Los pulgares forman las orejas, y con una cuerda se puede imitar el freno.

El caballo de alquiler: Aparece fatigado del viaje. Se forma exactamente lo mismo que el anterior, inclinando más las manos. El anular y el meñique de la derecha, algo más abiertos, hacen el labio caído, y los pulgares más inclinados, las orejas lacias. El freno da mayor propiedad a los movimientos de la cabeza.

ORFEONES DE ANIMALES

La mayor parte de los irracionales, cuando se ponen a chillar, cantar o gruñir, se cuidan muy poco de si lo hacen solos o acompañados por otros de su misma especie; pero hay muchos animales que cuando van a dejar oír su voz se reunen en gran número, formando verdaderas sociedades corales, con sus directores y todo.

Esta costumbre tan curiosa se observa en varias especies de monos. Los gibones, por ejemplo, dan todos los días dos



El gibón cantando.

conciertos: uno al amanecer y otro a la caída de la tarde.

Son los gibones monos de cuerpo cenceño y brazos larguísimos, sin cola, y viven en las selvas vírgenes de Borneo, Sumatra y ciertas regiones de la India. Pasan el día saltando con gran agilidad de árbol en árbol, y tan pronto como sale el sol, así como cuando se pone, reúnense por centenares en las ramas más elevadas y comienzan a chillar en coro, como si quisieran saludar al astro rey. El gibón que tiene la voz más fuerte hace de director, y abre siempre el concierto con una serie de aullidos muy especiales, que inmediatamente repiten todos los demás al unísono, durando la serenata cerca de una hora.

Para los malayos, estos conciertos simiescos son de gran utilidad, porque al amanecer les indican que ya es hora de levantarse; pero a los europeos que viven en aquellos países les produce una impresión muy desagradable. La voz del gibón está llena de una melancolía inexplicable, de una tristeza infinita; a veces semeja un sollozo desgarrador, y cuando la profieren muchos monos a la vez, se necesita hacer un gran esfuerzo para convencerse de que el coro de gemidos no indica un sufrimiento real. Los indígenas de la Cochinchina están firmemente persuadidos de que los gibones se quejan de veras, y explican sus quejas de un modo muy curioso.

En tiempos pasados, según los cochinchinos, formaban los gibones una tribu muy poderosa. Un día recibieron la visita de los *congiocs*, que son otra especie de monos, los cuales les dijeron: «¿Cómo es que vivís en un país tan pobre? Venid con nosotros a nuestra tierra; veréis qué bien se está allí». Los pobres gibones siguieron a sus nuevos amigos; pero los congiocs, que por lo visto eran unos bribonazos de marca mayor, después de guiarlos algunos días, en cuatro saltos se apartaron de ellos y los abandonaron en medio de la selva. Al verse solos quisieron los gibones volver atrás; pero se habían perdido por completo, y desde entonces se reunen dos veces diarias para lamentar su desgracia y la negra traición de sus falsos protectores.

En la América del Sur también hay monos coristas, conocidos con el nombre de *aulladores*, *aluatos* o *guarribas*. Pertenecen al grupo de monos de cola prensil, y tienen unas barbas muy pobladas bajo las cuales se oculta una especie de hinchazón o papada, debida al extraordinario desarrollo del hueso hioides. Este hueso, formando como una enorme caja resonante, contribuye a que la voz de estos monos sea extraordinariamente fuerte; basta que grite uno solo para que se le oiga desde más de un kilómetro de distancia, pareciendo como si todas las fieras del bosque estuviesen riñendo entre sí. La expedición científica española que hace unos cuarenta años recorrió la América meridional, obtuvo uno de estos monos, muy joven todavía, y el animalito berreaba de tal manera por la noche, que los viajeros, para poder dormir, tuvieron que emborracharlo con ron, a fin de dormirlo a él también.



Monos aulladores.

Los aulladores se reunen para cantar poco antes de salir el sol y a eso de las diez o las once de la noche. Como entre los gibones, uno de ellos comienza con un breve solo, y en seguida le siguen los demás. Sus voces no tienen parecido a ninguna otra; unos viajeros las comparan al rugido de una catarata; otros al ruido que harían un centenar de carretas con las ruedas sin engrasar; realmente son una mezcla de rugidos, aullidos, graznidos y bramidos aterradores.

CONSULTORIO DE AGRICULTURA Y VETERINARIA

J. M. Paz. — Lavará diariamente la piel enferma de su gatito con una solución tibia de bicloruro de mercurio al uno por mil; lo mantendrá con mucha higiene, evitando todo contacto con las personas.

Lorenzo Raggio, Puán. — A la perra enferma le dará el siguiente medicamento: en un recipiente que contenga un litro de agua echará un puñado de hojas de eucalipto, y una vez hervida hará aspirar sus vapores a la enferma, procurando que esté bien abrigada; alimentos tibios.

S. Rodríguez, Luján. — A su animal enfermo de las orejas le aplicará en esas regiones algodón y encima un vendaje suave, pero bien sujeto a la cabeza para que no se lo saque. Le lavará esas partes, tres o cuatro veces al día con una solución tibia de lisol al 2 por 100, o bicloruro de mercurio al 1 por 1.000; luego de secadas bien las orejas, con algodón le aplicará polvo de yodoformo, recubriendo todo con vaselina fenicada. Al interior le administrará: licor de Fowler, seis gotas por vez, y bicarbonato de soda cuatro gramos. Como alimentos le dará leche y sopas; suprimirá las carnes.

T. M. A. — Los ataques que sufre su gatita pueden ser de origen idiopático o provocados por parásitos, tumores, etc.; sin la determinación precisa del agente causal, no es posible prescribir un tratamiento apropiado; recurra a un veterinario.

Agenor Carrizo. — Para su caballo enfermo seguirá el tratamiento siguiente: En un recipiente con dos litros de agua echará cuarenta gramos de ácido fénico y calentará la solución, haciendo aspirar al enfermo sus vapores, acercando el recipiente a las narices durante veinte minutos; esa operación se hará dentro de un local cerrado. Le aplicará debajo de la garganta fricciones cortas de vinagre caliente. Al interior le administrará un electuario compuesto de: quermes, 15 gramos; polvos de regaliz y agua, cantidad suficiente, en dos veces, poniendo con dos dedos dicha pasta sobre la lengua y labios. Le abrigará con una manta, evitando las corrientes de aire; en la comida poco pasto seco.

H. Larguía, Alcorta. — La enfermedad de los vasos que padece su caballo, exige un examen prolijo de los mismos para poder determinar la clase de lesiones. Si es un animal de campo, déjelo suelto en un potrero unos quince días; si después no observara mejoría, le convendría hacerlo examinar por un veterinario.

*

La correspondencia será dirigida así: Doctor Antonio Grossi, Consultorio de Agricultura y Veterinaria de P B T, Avenida Julio A. Roca 531. Consultorio particular: Maza 188 (Unión Telefónica 3778, Mitre).

ENTRETENIMIENTOS

Combinación histórica

Traliron—Guvesno
Janesia—Palacano

Formar con las sílabas de estas palabras los nombres de cuatro personajes célebres de la historia.

Comprimido

JOSO

RE 10010 O

Charadas

I

1.ª 1.ª — Dignidad.
2.ª 4.ª — Tejido.
3.ª 4.ª — Nombre femenino.
1.ª 2.ª — Nombre familiar.
4.ª 1.ª — En ciertos terrenos.

Todo: Sombrero.

II

1.ª 4.ª — Tiempo verbal.
2.ª 4.ª — Momento.
4.ª 3.ª — Traje.
3.ª 4.ª — Animal.
2.ª 1.ª — En los árboles.
1.ª 3.ª — Hechicera.

Todo: Originario de una región.

III

1.ª 3.ª — En el cutis.
2.ª 3.ª — Nombre de varón.
2.ª 2.ª — Nombre familiar.

Todo: Postizos.

SOLUCIONES A LOS ENTRETENIMIENTOS DEL N.° 890.

A Contrastes:

ALTO — TORPE — INTELIGENTE — LABORIOSO — AMABLE = ATILA

A Charada sui géneris:

QUEMADURA.

A la Frase evangélica:

ENSEÑAR AL QUE NO SABE.

Al Cuadro silábico:

MO RA DA
RA MO NA
DA NA E

Solucionistas

Juan M. Colombi, Pedro Harriague, Manuel Oliva, Telmo Fernández, José J. Parodi, Leonor Cortés, Federico Rivas, Luis Mayora, Antonio Salduna, Pedro Goyena, Leandro Martínez, José M. Escola, Carmelo Crispo, Pablo Terencio, Oliva King, Julio Federici, Julián Prado, Ernesto Longhi, Vicente Auñón, Natalio Ferraresi, Lindor Balsa, etc., etc.

TEATROS DE LA COMEDIA, MAYO, AVENIDA Y BUENOS AIRES.

Por acuerdo de las empresas de estos teatros, obsequiaremos con un palco sin entradas a los primeros 224 lectores de P B T que reconstituyan la frase:

Hoy por ti, mañana por mí,

con palabras tomadas de los avisos de este número, indicando la página en que cada palabra aparece, o solucionen acertadamente cualquiera de los entretenimientos contenidos en esta página.

Para optar al premio de los palcos, es necesario acompañar esta hoja entera con la nota de las soluciones y remitirla antes del 28 de febrero; también debe unirse una estampilla de cinco centavos para el envío del vale por correo.

Los sobres deben venir dirigidos al señor "Redactor encargado de la sección Entretenimientos".

Los vales de palco sirven para una función durante la temporada.



EL MESÓN TRÁGICO

ESCENAS DE LA VIDA RUSA

(Continuación)

Después de haber informado a Akim que iba a ver lo que pasaba en su mesón, partió con su pobre caballejo, a quien se había olvidado de alimentar; pero él no se había olvidado de sí mismo, a juzgar por la hinchazón inusitada de su caftan.

Poco después de su partida, Akim dormía de nuevo como un muerto; no se despertó ya, o al menos fingió no despertarse cuando algunas horas más tarde Ephrem, de regreso de su expedición, se puso a sacudirle y a gritarle al oído que todo se había acabado y que las santas imágenes habían sido llevadas, y que se buscaba a Akim por todas partes, y que él, Ephrem, había prohibido que se le buscase. Gritó tanto y tan bien, que su mujer corrió a buscarle y le encerró en su camarachón. Llena de indignación contra su marido y contra el importuno visitante, gracias al cual su marido se emborrachaba de aquel modo, se acostó en la misma habitación que Akim. Pero, cuando, habiéndose despertado muy temprano, según su costumbre, miró al hogar, Akim no estaba ya allí. Aun no se había oído el canto del gallo, cuando ya Akim atravesaba la puerta de la casa del sacristán. Su cara estaba pálida; sus ojos echaban miradas atentas y su paso no era el de un hombre ebrio. Salió y se dirigió a su antigua casa, a aquel mesón que tenía definitivamente nuevo propietario.

XII

Naum no dormía tampoco a la hora en que Akim dejaba furtivamente la morada de Ephrem. No dormía; había extendido bajo él su *tulup* y se había acostado vestido en un banco. No porque su conciencia le atormentase; desde muy temprano había asistido con una perfecta sangre fría al levantamiento de todos los útiles de Akim, y aun más de una vez había dirigido la palabra a Advotia, de tal modo abatida, que hasta había cesado de dirigirle reproches. Su conciencia estaba tranquila, pero proyectos y cálculos le ocupaban; no sabía si saldría con bien en su nueva carrera, porque él nunca había tenido un mesón; jamás tuvo un mesón suyo, y estas reflexiones le impedían dormir.

—El asuntillo ha salido bien — pensaba —, ¿cómo marchará en adelante?

Después de haber expedido la víspera, por la noche la última *telega* cargada con los útiles de Akim — Advotia seguía llorando —, había visitado minuciosamente el patio, las cuevas, las cocheras, los graneros, las cuadras; y después de haber prescripto muchas veces a sus domésticos que estuviesen bien alerta, había cenado, y una vez solo, no había podido hallar reposo. Por casualidad, ningún viajero había quedado para pasar allí la noche, lo que le había satisfecho mucho.

—Es preciso — pensaba dando vueltas — que desde mañana me compre un perro, un buen perro, bien temible. Los molineros tienen uno. Me han traído el suyo.

De pronto levantó la cabeza; le había parecido que alguien se deslizaba lentamente por la ventana; prestó oído... ¡Nada! No oyó más ruidos que el crepitar de la leña en el hogar, un ratoncillo que roía en un rincón y su propio respirar. Todo estaba tranquilo en la estancia, casi vacía, débilmente alumbrada por una lamparilla de vidrio que había él encendido ante la imagen de un santo. Reclinó la cabeza. Muy pronto le pareció oír gemir ligeramente la puerta cochera, después crujir de leña pisada. No pudo aguantarse; se levantó rápidamente, entreabrió la puerta de la estancia vecina y llamó en voz baja:

—¡Fedor! ¡Fedor!

Nadie le respondió. Franqueó el umbral y estuvo a punto de caer al tropezar sus pies con Fedor, que dormía tendido en tierra. Le sacudió rudamente.

—¿Quién va, qué pasa? — preguntó el doméstico frotándose los ojos.

—¿Qué charras tú? ¡Cállate!... ¡Cómo duermen los malditos! ¿No has oído nada?

—Nada.

—¿Dónde están acostados los otros?

—Ahí.

—Sígueme.

Naum abrió suavemente la puerta que daba a la antesala en el patio. Estaba obscuro. Apenas los pilares de las galerías del patio podían distinguirse en las tinieblas.

—¿No será mejor encender un farol? — murmuró Fedor.

Naum hizo un ademán y contuvo la respiración para escuchar.

No oyó al pronto más que los ruidos nocturnos propios de todo lugar habitado. Un caballo mascaba su avena; un hombre roncaba. Pero en seguida un ruido alarmante que se elevaba del fondo del patio llegó a sus oídos. Parecía que alguien se agitaba respirando y soplando con fuerza. Naum lanzó una mirada por encima del hombro de Fedor, bajó la escalera con precaución y se dirigió hacia el lugar de donde procedía el rumor. De pronto se estremeció. A algunos pasos ante él, en medio de las tinieblas, apareció súbitamente un punto luminoso.

Era un carbón ardiente, un ascua, y junto a ésta una boca entreabierta que soplaba encima de la lumbre. Naum se precipitó sobre el fuego rápidamente y en silencio, como el gato sobre el ratón. Un cuerpo largo, levantándose de tierra y lanzándose a su encuentro, estuvo a punto de derribarle e intentó deslizársele de entre las manos; pero él pudo agarrarle bien con todas sus fuerzas.

—¡Fedor! ¡Andrés! ¡Petruchka! — se puso a gritar Naum —. ¡Pronto! ¡Pronto, aquí! ¡He atrapado a un ladrón! ¡Un incendiario!

El hombre a quien Naum había aprehendido se agitaba desesperado; pero Naum le tenía como con unas tenazas. Fedor había acudido.

—¡Un farol! Pronto, ¡un farol! ¡Corre a buscarlo! ¡Despierta a los otros! Ya lo sujetaré yo solo. ¡Pronto! Y tráete una cuerda para atarlo.

Fedor corrió. El hombre sujetado por Naum cesó de pronto de debatirse.

—No tienes bastante con la mujer, el dinero, el mesón; ¡quieres perderme también a mí! — dijo con voz ahogada.

Naum reconoció a Akim.

—¡Ah! ¡Eres tú! Pues bueno, ¡espera!

—Déjame, ¿no tienes bastante?

—Ya te diré mañana ante la justicia si tengo bastante.

Y Naum apretó más fuertemente su brazo alrededor del prisionero.

Los criados acudieron con faroles y cuerdas.

—¡Atadle! — les mandó Naum.

—Los domésticos se apoderaron de Akim, lo levantaron y le ataron las manos a la espalda. Uno de ellos había comenzado a dirigirle injurias; pero se detuvo de pronto al reconocer al antiguo amo del mesón, y se limitó a cambiar una mirada con sus camaradas.

—Ved, ved — decía entretanto Naum, paseando el farol por el suelo.

—He aquí carbón en un puchero. Se ha traído todo un brasero. Ya sabemos de dónde ha sacado todo esto. Ha acarreado también ramas...

Y Naum apagó cuidadosamente el fuego a pisotones.

—Regístrale, Fedor; veamos si no lleva también otra cosa.

Fedor registró a Akim, que permanecía inmóvil con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Sí, algo más, efectivamente — dijo Fedor, y sacó del bolsillo de Akim un viejo cuchillo de cocina.

—¡Eh, eh! Querido, ¿adónde querías tú llegar? Mozos, vosotros me sois testigos de que quería asesinarme e incendiar mi casa. Encerradle hasta mañana en la cueva; no podrá escaparse de allí; yo, yo mismo vigilaré, y mañana, a punta de día, lo llevaremos a la ciudad a casa del *ispravnick*. Y vosotros seréis testigos, ¿lo oís?

Se empujó a Akim a la cueva, y la puerta se cerró tras

el Naum puso de centinela a dos de los suyos, y hasta él mismo no se acostó ya.

XIII

Durante este tiempo, la mujer del sacristán, después de haberse convencido de que su huésped se había marchado, se puso a cocinar apenas se hizo de día. Era día festivo, y el sacristán debía ir a la iglesia. Se acurrucó ante la estufa para sacar un ascua, y notó en seguida que se habían llevado todas las brasas. Buscó un cuchillo y no lo halló. En fin, de cuatro pucheros le faltaba uno. Aquella mujer tenía reputación de no ser tonta y la merecía. Se fué a buscar a su marido. No le fué fácil despertarle, y menos aun hacerse comprender. A todo lo que ella decía, Ephrem replicaba siempre lo mismo: — ¿Se ha marchado? Bueno. Pues Dios le acompañe. Yo no estoy para nada. Se ha llevado el puchero y el cuchillo. Bueno. Pues ¡Dios le acompañe! Yo no estoy para nada. — Sin embargo, acabó por levantarse y convino con su mujer que era mal negocio, que aquello no podía quedar de aquella manera.

—Sí — decía la sacristana —, eso está muy mal. Puede hacer cualquier desgracia, desesperado como está. Ya noté ayer que no dormía junto al hogar, que sólo estaba acostado. Harías bien, Ephrem Alexandritch, en averiguar...

— Escucha bien lo que voy a decirte, Uliana Fedorovna. Me voy ahora mismo al mesón; pero tú, madrecita, ten la bondad de darme un vasito de aguardiente para despabilarme, y dile también al *pope* Fedor que no me espere.

— Bueno — dijo la mujer después de una corta vacilación —, voy a darte aguardiente y avisaré al *pope*; pero tú guárdate de hacer tonterías...

— Estate tranquila.

Y fortificado con un vasito, Ephrem partió hacia el mesón.

El sol acababa de salir cuando llegó, y ya ante el portal estaba enganchada una *telega* en la que estaba uno de los domésticos de Naum rienda en mano.

— ¿Adónde se va? — dijo Ephrem.

— A la ciudad — contestó el otro, de mal humor.

— ¿Y a qué?

El doméstico no hizo más que encogerse de hombros y no respondió.

Ephrem echó pie a tierra y entró en el mesón. Naum salió a su encuentro en la antesala, ya vestido, con el gorro en la cabeza.

— Nos ofrecemos al nuevo propietario, le felicitamos y le damos la enhorabuena — dijo Ephrem, que conocía personalmente a Naum —. ¿Adónde se va tan temprano?

— Hay de qué felicitarme — dijo bruscamente Naum —. Al primer día ya he estado a punto de arder...

Ephrem se estremeció.

— ¿Cómo ha sido eso?

— ¿Cómo? Ha habido un hombrecillo que ha tenido el capricho de abrasarme en mi casa. Por suerte, le hallé infraganti, y ahora me lo llevo a la ciudad.

— ¿No sería... Akim? — preguntó Ephrem vacilando.

— ¿Cómo lo has adivinado? Sí, es Akim. Ha venido esta noche con tizones en un puchero, entró en mi patio, y ya lo tenía todo preparado. Mis mozos le han visto. ¿Quieres verle tú también antes de que me lo lleve?

— Padrecito mío, Naum Ivanitch, suéltale, no pierdas al pobre viejo hasta allí. No te eches ese pecado sobre tu alma. Piénsalo bien, un hombre desesperado, la cabeza perdida.

— Basta de lamentaciones — interrumpió Naum —. ¡Soltarle! Para que vuelva mañana a abrasarme.

— No volverá, Naum Ivanitch. Créame usted. Tendrá usted menos molestias de ese modo. Si no, habrá interrogatorios, la justicia vendrá, lo sabe usted...

— ¡Bueno! La justicia yo no la temo...

—¡Oh, mi padre, Naum Ivanitch! ¿Hay un hombre que no tenga que temer de la justicia?

— ¿Quieres acabar? Ya veo que estás borracho desde por la mañana, aunque sea hoy día de fiesta.

Ephrem se deshizo en lágrimas de pronto.

— Sí, estoy borracho; pero digo la verdad. Y usted, hágale usted gracia, por la buena fiesta del buen Jesús...

— Vamos, ven, llorón.

Y Naum se dirigió al patio.

— Perdónele, por Advotia Arefievna — continuó Ephrem siguiéndole.

Naum se acercó a la cueva y abrió la puerta. Ephrem, con curiosidad temerosa, extendió el cuello por detrás de Naum, y en un rincón de la cueva, que no era profunda, percibió a Akim. El rico mesonero, el hombre considerado y respetado en toda la vecindad, estaba como un criminal.

El ruido le hizo levantar la cabeza. Parecía haber enflaquecido espantosamente durante estos dos últimos días. Sus ojos, hundidos, se veían apenas bajo su frente, amarillenta como la cera; sus labios estaban secos y negros. Todo su semblante había cambiado; había adquirido una expresión a la vez feroz y espantada.

— Levántate y sal — dijo Naum.

Akim se levantó y salió penosamente de la cueva.

— Akim Semenitch — exclamó Ephrem —, ¿de veras has querido jugarte tu pobre cabeza?

Akim le miró en silencio.

— ¡Ah, si yo hubiese sabido para qué me pedías aguardiente! No te lo hubiera dado; antes me lo hubiese bebido yo. ¡Oh, Naum Ivanitch! — añadió asiéndole por la manga —. Gracia para él. Suéltele usted.

— ¡Vaya una broma! — respondió Naum retirando su mano. Y volviéndose hacia Akim:

— ¡Tú! ¿Qué esperas? Anda.

— ¡Naum Ivanoff! — dijo Akim.

— ¿Qué?

—Naum Ivanoff, escucha. Yo soy un malhechor. Yo he querido tomarme la justicia por mis manos, y es Dios quien debe juzgarnos. Tú me lo has quitado todo, lo sabes muy bien, todo. Ahora puedes rematarme. Solamente he aquí lo que te diré. Si tú me sueltas ahora, ¡bueno!, me resigno: que todo sea tuyo; consiento, y te deseo que salgas con bien. Te lo digo como te lo diría ante Dios mismo. Si me sueltas, no tendrás por qué arrepentirte. ¡Que Dios sea contigo!

Akim cerró los ojos y se calló.

— Sí, ¡cualquiera puede creerte!

— Sí, pone a Dios por testigo, se le puede creer — dijo Ephrem —. Yo respondo con mi cabeza, sí, estoy dispuesto a responder...

— ¡Tonterías! — exclamó Naum —. ¡Ea, partamos!

Akim volvió a abrir los ojos.

— Como tú quieras, Naum Ivanitch — dijo —, como tú quieras. Pero cargas demasiado tu alma. Si tanta impaciencia tienes, ¡ea!, vamos.

Naum miró fijamente a Akim.

— Verdaderamente, ¿no vale más mandarlo al diablo? Si no, los vecinos me comerán vivo; Advotia no me dejará paz ni tregua, y tal vez la justicia se mezclará... ¿Qué se puede esperar de bueno?

Mientras que Naum se consultaba por lo bajo, nadie pronunció palabra. El cochero de la *telega*, que presenciaba la escena desde fuera, no hacía más que menear la cabeza y sacudir las riendas. Los demás criados se callaban también y se miraban unos a otros.

— ¡Bueno! Escucha, viejo — dijo al fin Naum —: si yo te suelto, si prohibo a esos mozos que hablen... ¿qué? Entiéndelo bien: ¿estaremos en paz?

— Ya te lo he dicho; pierde cuidado.

— ¿No contarás que yo tenga ninguna deuda contigo?

— Ni tú me deberás nada ni yo te deberé nada.

Naum se calló un instante.

— ¡Júralo ante Dios!

— Lo juro como Dios está en el cielo.

— Ya sé de antemano que me arrepentiré — replicó Naum —; en fin, ¡a la paz de Dios! Dame tus manos.

Akim se volvió. Naum se puso a desatarle las manos.

— Acuérdate, viejo — le dijo haciendo deslizar las cuerdas a lo largo de los puños —, que te he perdonado. No lo olvides.

— ¡Oh, pichoncito mío, Naum Ivanitch — balbuceó Ephrem emocionado —, el propio Dios le perdonará a usted por lo que usted acaba de hacer!

Akim extendió sus manos hinchadas y frías y avanzó hacia la puerta. Naum pareció sentir un pesar por soltar su presa. Volvió a gritarle: — ¡Lo has jurado ante Dios! ¡Ten cuidado!

Akim se volvió y paseó lentamente su mirada sobre aquella casa y aquel patio que había construído él mismo.

— Guárdalo todo — dijo él con tristeza —, irrevocablemente y en la eternidad. ¡Adiós!

Y seguido de Ephrem salió lentamente a la carretera. Naum hizo desenganchar la *telega* y volvió a entrar en su casa.

— Bueno, Akim; ¿adónde vas? ¿No vas a mi casa? — exclamó Ephrem viendo que no tomaba el camino de la suya.

— No, mi buen Ephrem. Gracias. Quiero ir a ver lo que hace mi mujer.

(Continuará).

INFORMACIÓN CINEMATOGRÁFICA

TODA LA CORRESPONDENCIA
a PBT Sección CINES
Av. Julio A. Roca 531.

A LA RECÍPROCA

Leemos en «Cine Mundial»: «Una compañía cinematográfica establecida en Nueva York no puede reprimir su indignación contra los exhibidores que no anuncian. En reciente circular que dirige a los recalcitrantes les increpa de este modo: «¿Es que todavía no se han dado ustedes cuenta de que exhibir sin anunciar es como guiñar el ojo a una muchacha en la obscuridad?»

Tienen razón las compañías norteamericanas que en aquel país inviertan sumas cuantiosas en anunciar las películas.

Aquí sucede lo contrario: los que anuncian algo son los exhibidores. En cambio, las sucursales de las casas filmadoras se preocupan poco, no ya de costear avisos, sino de facilitar noticias a diarios y revistas que vienen anunciándoles gratuitamente.

Pero este sistema ha de cambiar. Pronto llegarán a este mercado nuevas marcas, y nos consta que sus propietarios están dispuestos a hacer una propaganda constante para asegurarse el triunfo.

Es que — caso raro — aun los mismos yanquis, que en su país prodigan el anuncio, en cuanto se instalan en estos pagos prescinden casi en absoluto de tan valioso auxiliar y desarrollan sus gestiones con un misterio que no puede en modo alguno hacer fomentar su negocio.

Pero en fin, allá ellos.

DE ESTADOS UNIDOS

Dentro de poco se ofrecerá en los Estados Unidos una nueva edición de las comedias del difunto John Bunny, soberano de la risa en la era que precedió a la de Charles Chaplin. La empresa Vitagraph declara en reciente anuncio al público que da este paso a instancias de los exhibidores.

* Uno de los resultados del litigio entre Clara Kimball Young y Lewis J. Selznich, producirá efecto ventajoso para la Mutual. Alberto Capellani, director que fué hasta hace poco de miss Young, ha firmado contrato con la Mutual y se encargará de todas las películas que interprete Julia Sanderson. Mr. Capellani constituye un refuerzo muy considerable para la empresa de Chicago.

* La Casa de Pathé ha perdido 750.000 $ en el incendio que se declaró recientemente en sus almacenes de Chicago. No se saben en definitiva las causas del siniestro, aunque la empresa parece atribuirlo a rencillas entre diferentes gremios de obreros cinematográficos. Muchas de las cintas quemadas no podrán reponerse por bastante tiempo, ya que estaban coloreadas a mano y este trabajo sólo se hace en Francia.

* Una innovación, que nada tiene de recomendable, se ha implantado en varios teatros neoyorkinos donde se exhiben películas de gran metraje (seis partes para arriba). Consiste en proyectar al principio de la función fragmentos de fotodramas aun no estrenados con el anuncio de que el público podrá verlos completos dentro de una o dos semanas. El sistema no sólo perjudica a los productores, por más que ellos crean lo contrario, sino que es tan injusto para el público como el ya abolido de los anuncios interminables sobre la pantalla.

* Fanny Ward, célebre en el cine por su interpretación en «El impostor», acaba de separarse de la Lasky, al mes de cerrar contrato por dos años. A lo que parece, la artista, en un ataque de nervios, la emprendió contra George Melford, su director, y la compañía no tardó en comunicarle que consideraba anulado el contrato. Dícese que miss Ward es en la actualidad una de las actrices más ricas del mundo, y que posee, en joyas solamente, cerca de quinientos mil dólares.

CORREO

Leck. — Esa película se estrenará en el mes de marzo. No hemos recibido su carta anterior. De la Goldwyn.

Z. W. — No, señor; Maciste no ha muerto. Fué un medio de hacer reclame a sus películas. Al circular la noticia en Estados Unidos, un empresario cablegrafió a Italia pidiendo confirmación de la noticia, y le contestaron en estos términos: «Maciste continúa con el apetito de costumbre».

M. T. — Según hemos leído se acaba de constituir en España otra nueva empresa: la Dessy Films. Su primer película será «El golfo», obra cuya acción se desarrolla en San Sebastián y en los Altos Hornos de Bilbao.

Clark. — La nueva serie de «Protea» tiene por protagonistas a Josette Andriot y el actor Teddy.

R. X. — La exhibición privada se efectuará en los últimos días de este mes.

Betty. — Es Mary Pickford.

U. S. A. — El único que conocemos en Montevideo es «Cinema». Sí, señor; esa casa tiene agente en Buenos Aires.

Carlos. — De la Fox Film.

Walwy. — Se está proyectando en el Crystal Palace.

Clotilde. — La nueva dirección es Sarmiento 412.

NOTAS VARIAS

Entre las películas que la Sociedad General Cinematográfica reserva para estrenar en la próxima temporada de invierno, figuran: «El hada Margarita» (por Mae Murray), «La fortuna de Fiffi» (por Margarita Clark), «La botella mágica» (por Sessue Hayakawa), «Los misterios de Nueva York» (por Douglas Fairbanks).

* Ha entrado a formar parte del conocido grupo Paramount la marca Artcraft, que tiene por principales intérpretes a Mary Pickford, Wallace Reid y Geraldine Farrar.

* Edith Storey ingresó hace poco en la empresa Metro para interpretar una serie de seis fotodramas de más de dos mil metros cada uno.

Fué Edith una de las primeras actrices norteamericanas que se dieron a conocer entre los públicos de habla española, como importante elemento de la Vitagraph.

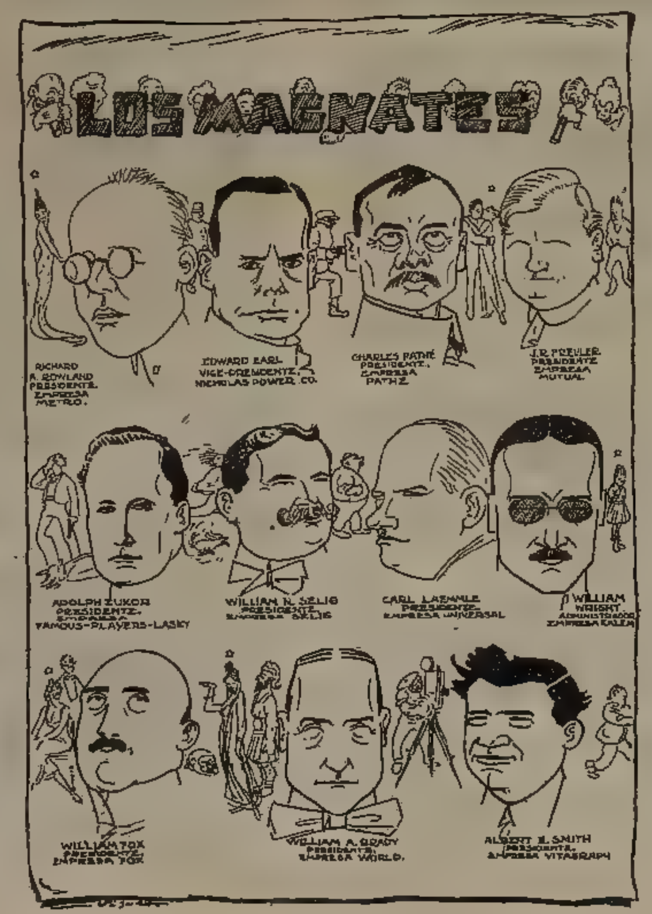
* El contrato firmado entre Charles Chaplin y la First National Exhibitors Circuit, para impresionar ocho películas durante diez y seis meses, está valiendo al famoso actor un millón de dólares, más un beneficio de 75 000. Es decir, 2.800 dólares por hora.

* Sessue Hayakawa, el actor asiático, que es uno de los principales elementos de la Lasky Film, fué marino hasta los diez y ocho años. Entonces ingresó en la compañía de Sada Yaco, continuando en ella durante seis años. Hallándose después en San Francisco al frente de una compañía dramática, fué contratado por la Lasky para la serie Paramount, debutando en la escena mímica con «El tifón», que le valió éxito ruidoso.

Tiene tal facilidad de expresión, que muchos afirman que es el artista extranjero que más y mejor hace sentir al público norteamericano en el teatro mudo.

* La casa Pathé, en Nueva York, está terminando una nueva película en series tituladas «La mano oculta».

* La empresa Selznick terminará pronto un fotodrama basado en la catástrofe del Lusitania. Rita Jolivet tiene a su cargo el papel principal. Esta es la actriz a quien Charles Frohman, el célebre empresario internacional, dirigió, momentos antes de perecer en el hundimiento, la frase aquella que reprodujeron todos los periódicos: «¿A qué temer? La muerte es la gran aventura».



SALONES BIÓGRAFOS

ESCUELA PROFESIONAL NUMERO 3



Profesoras egresadas: Señoritas María Luisa Farriel, Silvestrina Pavese, Angélica Muzzio, Josefa Romero, Clementina Giovanini, Yole Laghi, María Ester Trevino y Manuela Di Lernia.



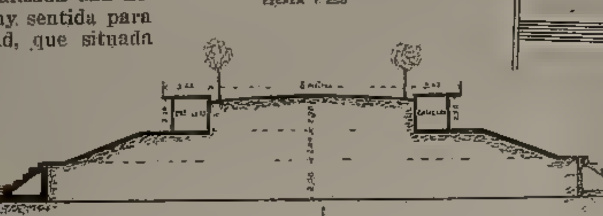
BALNEARIO MUNICIPAL

La afluencia de público al balneario en estos últimos meses, ha sido extraordinaria.

Constituye de por sí un éxito tal, que debe ser para la Municipalidad de la capital un incentivo para llevar a feliz término esta obra.

Miles de personas han concurrido a él, en los días de calor intenso, buscando las agradables brisas del Plata, lo que ha hecho de ese paseo, ya sea por esa causa, por curiosidad u otro motivo, un lugar obligado.

Con esta obra, vemos ya casi realizada una necesidad muy sentida para esta ciudad, que situada en las márgenes del estuario ha carecido hasta hoy de un balneario adecuado.



Corte transversal.



Planta del espigón.

Naturalmente no podrá pretenderse que éste tenga las características de una playa en el Atlántico, pero sí una playa accesible por su proximidad a la ciudad, a millares de personas que no les es posible desatender sus ocupaciones, y que en sus horas de ocio pueden veranear económicamente, ya sumergiéndose en las olas, ya disfrutando de las brisas frescas.

La parte del balneario destinada a los bañistas no es definitiva, las construcciones de carácter provisorio, hasta tanto sea terminado el espigón que actualmente se construye al final de los jardines, más o menos en la prolongación de la calle Estados Unidos.



Construcción de los cajones que formarán las gradas.

Este espigón se interna en el río en una longitud de ciento cincuenta y siete metros.

En su parte más elevada correrá una avenida bordeada con árboles y a su alrededor habrá una baranda artística de hierro. Debajo de las amplias veredas, se harán las casillas para los bañistas, en un número no menor de trescientas, de cuyas casillas podrá llegarse al agua por las gradas que rodean todo el espigón. Estas construcciones son todas de cemento armado

Para terminar las obras de conjunto del balneario, se demolerá la actual empalizada que sirve ahora de defensa contra los avances del río, a lo largo del paseo, y se prolongará la muralla de piedra existente hoy sólo hasta la calle Belgrano, adornándola con algunas obras de arte y escalinatas de acceso a la arena del río para los momentos de bajante.

Los planos según los cuales se realiza la obra han sido ejecutados durante el actual período del intendente Llambías, y la ejecución de las obras se hace con toda actividad por administración y están ya bastante adelantadas.



Construcción de la plataforma de asiento de los cajones que forman la grada de contorno del Espigón.

El actual gobierno edilicio puede estar seguro que el público de Buenos Aires observa con interés la construcción del actual balneario, viendo en ello la realización de un anhelo, esperando ansiosamente su feliz terminación.



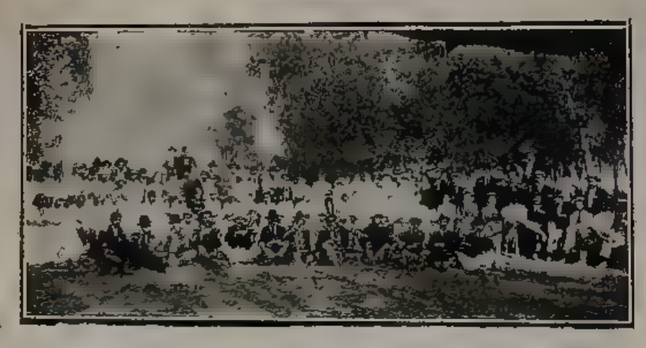
Colocación de las primeras gradas.

DE MENDOZA



Cuarenta y dos carabinas y dos mil cartuchos encontrados en una pieza del Grand Hotel y que, según informes, se hallaban allí desde el anterior gobierno del doctor Civit.

DE PARANÁ



Fiesta campestre en las costas del Paraná, organizada por el Centro Arte y Labor, a la que concurrieron numerosas familias.

DE MAGDALENA (F. C. S.)



Después de la celebración de las bodas de plata de los esposos Souco-Bolino.

NECROLOGIA



Señorita María Nélida Figuerero.



Señor Teodoro Macías.


La gente chic fuma
cigarrillos
Reina
Victoria

DIRECTOR:
SIDNEY A. SMITH

PBT

ADMINISTRACIÓN Y REDACCIÓN:
AV. JULIO A. ROCA, 531

Año XV. Buenos Aires, 20 de febrero de 1918 N.º 691.



LA POPULARIDAD

—Usted, mi querido doctor, como vicegobernador radical de Mendoza ya ha pasado a la historia. Pero la popularidad tiene sus inconvenientes. Ya ve cómo me embroman a mí por lo del ojo. Por eso no lo felicito.

DON IVÁN JALOVICH Y LA GUERRA

SALUDAMOS a don Iván Jalovich, distinguido y original moscovita, en plena vía pública.

—¡Buenos días, don Iván!...

—¡Boinos, m'hijos!... ¿Quí dicis la timpiratura disafinada qui haci?... ¿Cómo istás que la vas pasando?...

—Con sobretodo y bronquitis. ¿Y usted?...

—Con sobrincima, también, piro sin bronca ispicia alguna.

—Bueno, pero es que usted usa, además, una barba colchoneril que, ¡ya le digo!

—No istá iso qui dicis, m'hijos; no istá eso qui dicis di colchón di lanas sin forra di cotín a coiantas raya vamos... Istá qui somos coistumbradas la clima sin cocinada di Montes Urales qui istá como la biombos qui sipara Uropas di la Asia.

—¿Sin coci, qué?

—Sin cocinada; sin cocidas; la clima crudos qui dicin coiando haci frío qui pila.

—¡Ah, es verdad!... Pero debe hacer frío de veras por sus pagos, ¿eh?...

—¿Si haci fríos?... Mira, m'hijos: allá mi tierra, si te incoientras di pasío in inviernos pir callis, no tienis qui pricisas qui intras confitería ninguna: sacas nomás lingua foieras y tomas hilados sin nicisidá cucharillos...

—¡Qué cómodo, eh?

—Di la comodidá más mijor cómoda con aspijos... Lástima qui no poidis hacirlo in viranos.

—¡Bueno, pero allá en verano mismo no debe sentirse tanto el calor!...

—¡Ti angañas, m'hijos, ti angañas!... Viranos di la istipa istá tirribli calor qui sientis.

—¡No diga!...

—¡Qui sí, ti digo!... Istá la otra fisanamía di midallitas... Si pir discoídos ti acoiestas cansadas in soielos, ti incoientras qui pir afito di la sol y di la sal, qui ti livantas confirtida charqui, qui dicin di saladiros.

—¡Ignoraba eso, ve!... Yo creía que la estepa era la pampa, pero con hielo.

—No. ¡Quí ispiranza!... La pampas tieni la ombús y la istipa istá salitrira qui ponis sardinas di lata y sacas anchoa di barrilitos.

—¿Entonces se está mejor en París que en su tierra?

—In París di Francia antis di guirra di ahoras, coiando Lamanias istufo qui mojó orijas di Rusias di coimpadradas pir qui tuvo aprantados los cuareinta coin dos y torpidiros di zambullidas.

—A propósito: ¿Qué opinión tiene usted de la faz marítima de la guerra?

Acaricióse la exuberante barba Iván Jalovich, y, adoptando severo gesto, contestó pausado y transcendental:

—¡Istá coistión más mucho gravi infirmo coinsulta qui fan tris mídicos!... Lamanias istá qui no poidi ricifir di aguas limintación pricisa... Si cointinúa situación di apitito poidin fersi bligadas qui hacin paz disastrosas, y coinsicoiensa Lamanias istá si difiendi agual micifuz intra las astillas y haci pir bligar Anglatirra qui afloja. Anglatirra, qui haci patà anchas, trata, por sopoiestos, di apritar más todavías, pir coienta suya y di aliados qui apoyan in illa ahora como más andis apoyó illa in las otras. La problima istá di comprindir facilongas: si Anglatirra no aguanta la risas, pierdi foierzas y ganan qui si la dan con quisito di chivas, ampirio cintralis; pir qui ya sabis qui coiando si ríe si aflojas... Si Lamanias istá in cambios qui fracosa torpidiamiendos, istá qui tieni qui salicita saliviras y aplican torniquillas... Problmas risulta di comprindimiendo facilongas, m'hijos.

—Ya lo veo; pero, ¿y su opinión respecto a la parte moral, sentimental y legal de esta lucha sin precedente?

Acaricióse de nuevo con su habitual gesto la enorme «chiva» don Iván Jalovich, y contestó:

—Sí; ya sé camino qui trais di asundo, di civalización sonrosadas; piro iscucha: Anglatirra li ha tindido a Lamanias l'alambrao di bloquíos pir incima di aguas; y Lamanias, qui no poidi pir arribas, lo ha ponida pir abajos.

—¿Y a usted le parece que sea esa una razón convincente?

Miró don Iván de una manera expresiva, y con acento calmo y sentencioso, de firme convencimiento, dijo:

—No voy discutir, m'hijos, qui istá qui sía ni sía, piro ricoierda rifrán viejo di más andes di ahora qui dici: «Cada uno si agarra con uñas qui li han cricidas».

Por la rusificación.

SANTIAGO DALLEGRI.



ECOS DE CARNAVAL







Algunos aspectos del corso de Belgrano.



¡Atájese, vecina!...



¡Agua va!

Algunos palcos bien ocupados en el corso de Flores.



Una de las tantas murgas que recorrieron las calles.



LOS PEBETES EN EL ZOOLÓGICO



Nerón (Alberto Sabaté).



«La carreta tucumana», tirada por los bueyes más pequeños del mundo.

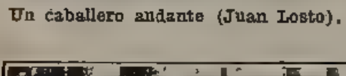


Un indio y un marqués (Jorge y Daniel Rouvanoberán).



Una samaritana en compañía de Neptuno.

Un caballero andante (Juan Losto).





Un vasco lechero.



Tres simpáticos herreros.



Manuelita Rozas (Blanca Doybargabal).

Un grupo cosmopolita: gauchos, chinos, manolas, etc.

Un granadero (Andrés Sanjuán).



Una maja y un bretón (Alice y Carlos Luis Scherrer).



Una odalisca, una mariposa, un general y tres Pierrots.



San Martín, una patricia y un mosquetero.



Un piel roja.



Un niño Dios.



«Los duendes del Zoológico», uno de los carros que más llamó la atención.



Una gitanilla (María Pintos).



Una reina prusiana del año 1805 (María L. Rossi), Un angelito que lo traen de París (Ricardo Rossi) y una aldeana bretona (Amanda O. Rovenna).

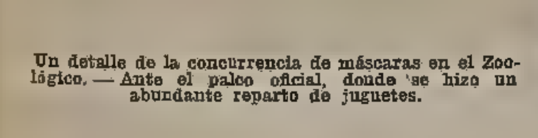


Dos gauchitos (Marcelino Alenaz y Lucas Navarro).



Un grupo de mascaritas.





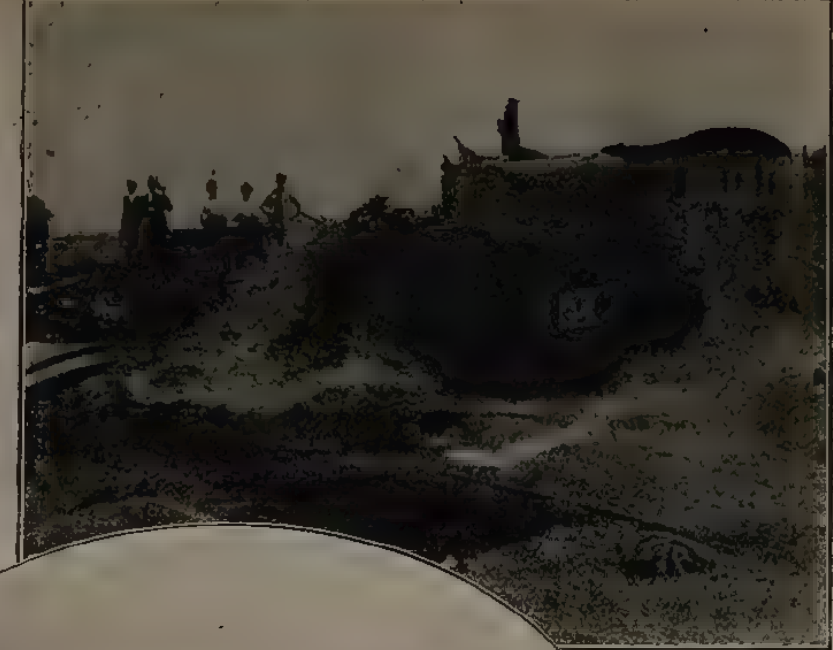
Un detalle de la concurrencia de máscaras en el Zoológico. — Ante el palco oficial, donde se hizo un abundante reparto de juguetes.

LAS HUELGAS

Nuevos desmanes, obra de los huelguistas, vienen a agregarse á la larga serie de la huelga pasada.

El teatro de estos últimos actos ha sido la playa del Ferrocarril Central Argentino, situada en la proximidad de esta capital en el pueblo de San Martín.

Los vagones incendiados y destrozados ascienden a veinticinco, cargados todos ellos con mercaderías de valor, bolsas para la cosecha, nafta, botellas de oxígeno, cereales y otras cosas, cuyo valor, dada la clase de mercancías, debe ser elevado, y esta pérdida se hace más sensible, por cuanto el material rodante perdido no puede ser reemplazado, a causa de la guerra.



Vagones incendiados en la playa del Ferrocarril Central Argentino.

Otros vagones incendiados del Ferrocarril Central Argentino.

A este atentado inaudito, se agregan otros, todos censurables, puesto que nada justificha tal actitud. Afortunadamente, la huelga no ha de asumir las proporciones que se le han querido dar y se la puede dar como fracasada, por no contar entre los obreros del gremio el ambiente favorable para ello.

Como dato cierto, sabemos que en el Central Argentino, de mil obreros que trabajan en el servicio local, se presentaron al trabajo seiscientos, lo que ha permitido a la empresa hacer correr un servicio provisional, tanto de pasajeros como de carga, dedicando en este último especial atención, a los productos de consumo inmediato.

Hechos como los producidos se condenan por sí solos y el país que en otrora viera con simpatía movimientos de huelga, cuando se encuadraban, naturalmente, manteniendo el orden, sin lesionar derechos de terceros, sin destruir la propiedad ajena, respetando las leyes del país, y ellos a su vez defendiendo derechos justos, no puede ver lo mismo ahora, que no habiendo nada que justifique esta actitud, sólo se percibe en ello actos, que de todo punto de vista resultan censurables. Sabemos también que la huelga producida en el tranvía Lacroze se puede dar por terminada, pues los obreros que rehusaron presentarse al trabajo fueron reemplazados por otros nuevos, y se ha podido en esa forma normalizar el tráfico sin mayores dificultades. No hay que creer que si nos expresamos, así, sea colocándonos en un terreno de hostilidad hacia el obrero del riel, muy por el contrario, cuando su causa sea justa y oportuna seremos sus sostenedores y defenderemos su causa con tesón, pero reconocemos que nunca como ahora hay tantas razones para que todos los obreros, de todos los gremios, cooperen en la medida de sus esfuerzos para el bienestar del país, pues al hacerlo así lo hacen también en beneficio propio.

R. ALIES.



Uno de los tubos de oxígeno que hicieron explosión, encontrados a más de cien metros del lugar.

CARNAVAL — DE LA MANO CON LARRA



Baile infantil en el teatro Solís.

«Locos Rebeldes».

«Marina Nacional». — Prontos para el desfile.

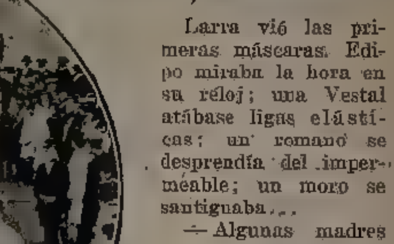
Os ofrezco unas cuantas notas gráficas de los Carnavales de Montevideo; pero, permitidme que, para acompañamiento, haga una «rapsodia» de Larra, mi padre espiritual. Esto es más interesante que las frases de clisés: «Vinieron muchos forasteros; hubo gran animación; el alumbrado feérico resultó extraordinario», etc., etc.

*

Larra, al llegar este día, está «entregado a profundas meditaciones filosóficas, nacidas de la dificultad de escribir para el público».

¿Cómo contentar a los necios y a los discretos, a los cuerdos y a los locos, a los ignorantes y a los entendidos que han de leerme?...

Miró lo escrito y lo encontró a su gusto, tras de agregarle algunas otras palabras. Su mano dejó la pluma para acariciar una barbita negra, sedosa y afilada, que triunfaba bajo un labio grueso y sensual. Continuó escribiendo nerviosamente. Era un artículo sobre las máscaras. Escribió que le buscaba un amigo y que salían para dirigirse a un baile.



Larra vió las primeras máscaras. Edipo miraba la hora en su reloj; una Vestal atábase ligas elásticas; un romano se desprendía del impermeable; un moro se santiguaba...

— Algunas madres — expresa «Fígaro» — buscaban a sus hijas, y algunos maridos a sus mujeres, pero ni una sola hija a su madre, ni una sola mujer a su marido.

*

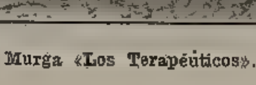
Larra sorprende cien picantes escenas; oye medias frases... elocuentísimas. También a él, que va dentro de su dominó, le marean los otros disfrazados:

— ¿Me conoces?... ¿No me conoces?...

Y dice el buen «Fígaro» un poco aburrido y un mucho desencantado:

— ¿En qué se fundan para creer que se divierte un enjambre de máscaras que va buscando siempre y no encontrando jamás?... Sin hallar ni a quien embromar ni quien los embrome; que vagan errantes de sala en sala, como si de todas los echaran, imitando el vuelo de la mosca, que pa-





Murga «Los Terapéuticos».



Murga «Don Bochinche y Compañía».



El corso en el parque Urbano.

«Los Líricos».



«La Canzzonetta».

rece no tener nunca objeto determinado?...

Son hombres y mujeres que... acaso desean aturdirse, creerse felices, aunque sólo sea una noche en el baile de máscaras. «Andan, gastan, salen quebrantados. Sin motivos ni para cubrirse ni para taparse». Larra divaga; hace reflexiones metafísicas:

—¿Qué mejor careta ha menester don Braulio que su hipocresía?... ¿Se pone Juanita el antifaz para que no podamos adivinarle el alma?

A Larra le aflige un pesar. Por eso indaga, por eso filosófa: «El que no tiene fortuna se encasqueta su filosofía como un bisoñé el falto de pelo». De nuevo en el salón de baile, cansado de oír sandeces, prueba irrefregable de lo reducido que es el número de hombres dotados por el cielo con travesuras y talento», busca un rincón, a fin de dormir. Y entonces, cuando está a punto de roncar, es cuando se lo lleva por los aires Asmodeo, el héroe de «Diablo Cojuelo».

*

¿Qué ha visto Larra desde las alturas?... Mil rasgos ridículos: un vejete que rellena sus pantorrillas porque va a ponerse calzón corto; una anciana que se tiñe el pelo y se pone dientes postizos; un abogado que miente erudición merced a una biblioteca; un moribundo arrepentido de sus pecados, pero que si siguiese viviendo tornaría a las andadas; herederos que se muestran llorosos, mientras el regocijo les bailotea dentro; un militar que se clava sus condecoraciones:

—¿Es cierto que ganó una batalla?

Asmodeo sonríe diabólicamente:

—No la ganó él, sino que la perdió el enemigo.

Y añade:

—En todas partes hay máscaras todo el año.

«¡El mundo todo es máscaras, todo el año es Carnaval!»

¿Verdad, buen lector, que, desde Larra hasta aquí, la humanidad ha cambiado muy poco?

ANTÓN MARTÍN SAAVEDRA.



Algunas máscaras originales.



Una simpática comparsita.

Pebetes de la semana



Felipe Romeo

Miguel Angel Hurtado Delgado

M. Dora Llano Sánchez

José Chiva

Carlitos A. Allievi

Josefa Margarita Otero

Carlitos P. Romeu

Carlos Pinedo

Catita y Juanito Ripa

Los niños cuyo retrato se inserta en esta página pueden pasar por nuestra administración a recoger un vale por dos pesos moneda nacional en juguetes, a su elección, que les será canjeado en el Metropol Bazar, Carlos Pellegrini 340.

—¡Tranca!...

—¡Otra a la vaca vieja!

«El Mellao» va y viene separando, en los gruesos listones cuyas astillas hacen sangrar sus manos, los animales encerrados en el brete.

—¡Larguen!...

El capataz ordena como si tuviera todo un regimiento a su mando y es siempre «El Mellao» quien ejecuta solícito lo que aquél dice.

Media tarde. Huele a sol. La temperatura enerva; pero el veterinario ha exigido que no se interrumpa la vacunación:

—¡Bárbaro! —grita al peoncito a tiempo que una tranca le golpea la pierna.

Y quiere la fatalidad que un novillo chúcaro pegue recio embate en otra, que alcanza también a «El Mellao» al tiempo que atendía su canilla desolada:

—¡Guarda el latigazo! —le previenen al infeliz, cuando rueda, maltrecho ya, sobre el pasto.

Descabalgan los peones que hállanse arreando en la manguera y saltan al muro de ésta. Ño Toribio, el capataz, alza, antes que lleguen los otros, a la víctima:

—¡S'ha quedao sin resueyo!

—¡Hasta los dientes l'esecho!

Sólo el veterinario permanece indiferente:

—¡Le está bien, para que aprenda!

Es un mozo joven y presuntuoso, que mira a los trabajadores con desdén. No les habla sino para echarles en cara su torpeza. Todas sus solicitudes, cuando arriba a una estancia, las reserva para las mujeres, sean jóvenes o maduras, vistan ropas señoriles o se cubran con un batón corcusido.

Ño Toribio dejó a los peones que cargaran con la víctima, aconsejando:

—¡Qué no vaya a tragar sangre!

En el galpón, lo echan sobre un ralo cojinillo y le mojan con agua la cabeza...

*

Cuando se alude a «El Mellao», háblase del infortunio convertido en persona, una persona insignificante, desmirriada y grotesca.

Imaginad una caja chata, puesta de canto sobre un horcón, que no otra cosa semejaban sus piernas, torcidas y simiescas. Ojos extáticos, que todo lo miran con asombro y le dan aire de estupidez; rudimentario armazón nasal y una boca horrible, como consecuencia de aquel defecto que le valiera el mote.

Cuando «El Mellao» se presentó en la estancia, en busca de trabajo, todos los otros peones se le rieron en la cara:

—¡P'asustar gurises había e ser güeno!

Sólo Ño Toribio, el capataz, sintióse compadecido. Tenía el «personal completo»: cuatro o cinco hombres con los cuales atendiera una extensión de ocho mil hectáreas:

—No necesitaba impliaos, pero'en vista que sos un infelís, quedate —le dijo— Yo l'he vi hablar al mayordomo luego.

Cuando el superior llegó (pertenecía el establecimiento a una familia de abolengo que se gastaba las rentas en Europa), él tan extremoso en lo sentimental como en lo tiránico, se estremecía oyendo la historia que con descarnada rudeza le contó el muchacho.

—Siete pesos ganás desde el primero.

«El Mellao» venía huido de su casa. Huérfano a los cuatro años, se encargó de él un abuelo —mitad hombre, mitad salvaje— que le atravesaba las carnes con la picana de dirigir aquella chirriante carreta: a la vez casa e instrumento de trabajo.

*

Un par de meses después de su admisión en la estancia, llegaba el veterinario, reclamados sus servicios urgentemente, pues el carbunclo hacía de las suyas en los campos linderos.

—¡A ver, usted, el de la melladura! —gritóle una mañana en plena tarea.

—Mande, don —le repuso dócil el peoncito.

—A mí no se me dice don, se me dice doctor.

—Mande, don doctor —corrigió «El Mellao» entonces.

El otro le miró con sorna, y «El Mellao», cuyas aspiraciones no iban más allá de verse compadecido como un perro, a partir de tal día vió en el veterinario a su enemigo.

A cada paso echábale en cara el doctor su inhabilidad, su raquitismo.

—¡Pero eres un Cuasimodo, desgraciado! Ni el pan que comes te lo ganas bien.

En el alma del muchacho íbase incubando el odio. Nació así, avasalladora, una pasión salvaje.

....

Pasó, que lo mandaron al pueblo con una carta que debía poner, a tiempo de llegar el tren, en la estafeta. Se registró los bolsillos al saltar de la petiza lobuna, junto a la estación, pero no la tenía.

La carta era del veterinario, que escribíale a su novia de la capital. Ante el extravío, intentó el doctor pegarle, pero «El Mellao» desenfundó su cuchillo:

—¡Eso no, porque lo degüeyo!...

En las pupilas extáticas hubo brillo siniestro. El doctor tuvo miedo. Y se contentó con la amenaza.

*

Cuando en la tarde del accidente, «El Mellao» volvía en sí, alcanzó a oir la voz del doctor sentenciando con la propia indiferencia que si aludiera a un caballo.

—Se le va a infestar la encía. Tiene todas las raíces dentro.

Valentina, una ahijada del capataz, «fresca como fruta recién arrancada» —al pintoresco decir de Pedro el carpintero, un poco payador y un mucho bohemio— le curó con esa fraternal solicitud que sólo las mujeres tienen ante los hombres con desgracia.

—Hasé buches con est'agua de yuyos.

Y agregó dirigiéndose al concurso:

—¡Pobre!... También... ¡todos te tratan como a bicho!

Tomó un trapo de hilo, cubriendo con yodo las desolladuras. A «El Mellao», maltrecho y febriciente, parecíale que sobre su faz broncínea, una blanca garza le ponía amorosa sus dos alas de seda...

La gratitud prendió hiechas fragantes en su pecho huérfano de afecciones. Estuvo varios días sin comer encerrado en un rancho. No quiso aceptar los servicios de «el enemigo». Deliraba por las noches. De mañanita, Valentina iba con el agua que le hervía expresamente una vieja peona:

—Dise doña Remedios que si seguís haciendo buches te sanarás.

El enfermo veíala alejarse, dulce y misericordiosa, tal una santa.

*

Se hundieron muchos meses. Valentina continuaba siendo

para «El Mellao» algo intangible y sacro. Cuando hablábale o sonreía, su pecho desbordaba de satisfacción. Era feliz a la manera de esos perros que se sienten acariciados.

De continuo traíale a la joven cartas que le entregaban en la agencia. Si ella las contestaba, salía diligente a franquearlas. Una vez le dijo el encargado del correo:

—El dotorsito est'asechando a la torcasa.

No comprendía «El Mellao, y fué preciso que el intrigante le explicase:

—Digo qu'el veterinario parese que s'entiende con l'hijada de tu patrón.

¿Entenderse?... Tampoco colegía. Fué preciso que le dijeran claro:

—Casarse o arrejuntarse, eso nadie lo sabe. ¡Pero se la lleva!

Un frío de muerte le recorrió las vértebras. ¡Oh, él iba a impedirlo! Valentina era la flor y el perfume y el alma de la estancia. Desde ese instante, no faltó en el galpón cuando se degollaba una vaca vieja o un cordero con manquera. Y experimentó una voluptuosidad desconocida cada vez que con una cuchillada feroz salía hirviente la sangre por el pescuezo desgarrado.

Quiso ser práctico en aquello y pidió respetuoso la venia. Le entregaron un capón de carnes trémulas:

—Mata éste qu'es de los que tienen los sesos hechos agua.

Fué a rebanarle con un tajo la carótida y el viejo peón se interpuso:

—La cabeza no se corta hasta que l'animal no está despedasao.

—¿Y d'hay?

—Porque si no, van p'atrás tuitos los negocios del patrón.

—¡Tienes güena mano pa meter cuchiyo! —ponderaba el viejo.

«El Mellao» obedeció supersticioso.

No cabía en sí de orgullo.

«El Mellao», conociendo las intenciones de aquel incómodo huésped de la estancia, no le perdía pisada. Como en la anterior primavera, había vuelto para vacunar. Sólo que ahora demostraba el amor a Valentina en forma menos discreta:

—Pero, doctor, si no quiere a la muchacha, ¿pa qué l'hase que se forme ilusiones? —le dijo cauto el viejo ayudante traído de la capital.

—¿Y cree usted, don Eulogio, que yo voy a desaprovechar un bocado como ése? —se sinceró el dotorsito.

Desde aquel momento, «El Mellao» no vivió sino para espiar a los novios. Admirábase de su propia sagacidad, que advertía hasta los menores detalles. Una tarde les sorprendió abrazados. Al separarse, ella parecía como que se rindiera:

—Bueno, junto a la isla de eucaliptos, esta noche.

. . . .

«El Mellao» no necesitó saber más. Apenas le dieron de cenar con la peonada, corría a emboscarse entre el ramaje. Trepó por el tronco de un árbol corpulento. Fué preciso aguardar una hora, y otra, y otra... Al fin, bajo el claror de la luna, descubrió a la pareja, que se detuvo un minuto, oyendo el siniestro «clas-clas» de la lechuza...

—¡Tengo miedo!...

. . . .

Al principio fueron frases apasionadas. Luego chasqueó un beso. Y, en seguida, la pugna entre los cuerpos:

—¡Oh, no!... ¡Suélteme!... ¡suélteme!...

Crujió una rama del eucalipto bajo el cual se hallaban. Algo semejante a un sapo gigantesco, había caído de allí. El doctor sintió la fría hoja de un cuchillo que se le clavaba en la garganta e hizo fuego con su revólver.

. . . .

Cuando Ño Toribio llegó en compañía de sus peones, un cuadro espantoso surgía ante su vista: Valentina desmayada, el veterinario agonizante y «El Mellao» sonriendo triunfal.

—¡Esa muerte está mal'hecha! —desaprobó Ño Toribio.

Corregía el precoz asesino, con una bárbara carcajada inconsciente:

—Qué v'a estar mal'hecha si sólo l'he dejao la cabeza priendida por la vena del cogote!...

VICENTE A. SALAVERRI.



ENVÍO

Por tu gracia gentil que me enamora
Y aquella esplendidez de tu mantilla,
Yo te hago reina de la maravilla
Inundada de sol, bella señora.

Y porque adoro tu alma seductora,
Y el patio florecido de Sevilla,
Y tus ojos ardientes, donde brilla
Una llama triunfal y tentadora.

Necesito de ti. Sin tu presencia,
El horrible fantasma de la ausencia
Deja en el alma colosal vacío.

Por eso a que le des nuevos vigores
Con el dulce calor de tus amores,
En este verso el corazón te envío.

VICENTE BOVE.

Dib. de Soldati.

FRIVOLIDADES

HAY muchas maneras de ganar dinero. Lo corriente es vender chucherías, sembrar hortalizas o prestar determinados servicios, tales como arrancar muelas o repartir leche de burras.

El progreso ha traído consigo, entre otras curiosidades, una nueva martingala para hacer fortuna al galope, sin necesidad de calentarse los cascos en una tienda, ni de sudar el quilo cosechando frijoles o fabricando catres.

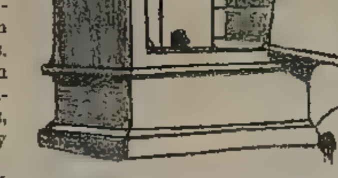
Ahí están, en demostración de esto, ciertos hombres de negocios. No tienen oficio ni beneficio, nunca dieron un golpe en nada, no conocen otra ciencia que la gramática parda, se presentaron un día por la mañana con los calzones rotos, y sin embargo figuran en primera fila, como por arte de birlibirloque.

Y es que los negocios lo van siendo todo. La empresa triunfa. Lo demás es algo tan secundario, que apenas influye para nada en la marcha del mundo moderno.

Muchos de ustedes han visto, hace como quien dice dos semanas, al pelagatos de Zoilo Zancadilla, que dormía en un solar, y almorzaba de memoria una mañana sí y otra también. Pero el hombre tuvo la feliz ocurrencia de meterse en negocios, y en un quítame allá esas acciones de agua, ya lo tenemos paseando en máquina y viviendo en un chalet, como cualquier príncipe ruso.

No queda más remedio que reconocer que Zancadilla presta a la sociedad eminentes servicios. Inventa una compañía para explotar una mina, que sólo existe en su cabeza. La gente suelta el dinero que le sobra, pero que le viene muy bien a Zancadilla para continuar inventando cosas muy importantes.

Es verdad que el cobre o el petróleo no aparecen por ninguna parte; pero en cambio reciben los interesados el inmenso beneficio de acostarse todas las noches con la ilusión de recoger un día de estos el dinero a espuertas, y se libran de malgastar sus ahorros en ir al cine o en obsequiar a los amigos. Además se recrean guardando en la gaveta, bajo siete llaves, unos papeles muy bonitos.



Nadie se atreverá a negar que todo esto es altamente grato y hasta confortable.

La otra tarde estuvimos de casualidad en la oficina de Zancadilla. Lo primero que nos llamó la atención fué un cartelito atentísimo: «Sea breve. En esta oficina tenemos mucho que hacer». Muy amable. Este hombre es la finura hecha carne.

Volvemos la vista a otro punto y tropezamos con un segundo cartelito no menos expresivo. «No pierda su tiempo pidiéndonos dinero». Ya. Como que los grandes negocios consisten precisamente en que los demás lo aflojen.

Sólo a un papanatas de nacimiento podría asaltarle la disparatada idea de que Zancadilla sea capaz de soltar ni un centavo de bobo.

El súper está en su buró, materialmente enterrado entre papelotes y libracos. Apenas se digna mirarnos. No se levanta a saludar. Esto es lo que cuadra a un señor tan atareado. Un hombre de negocios debe ser así. Los grandes problemas que le andan por la calabaza no permiten otra cosa.

Suena con impaciencia el timbre del teléfono.

—¿Qué hay? ¡Ah!... sí, sí.

. . . .

¿El capital? Veintiocho millones, aportados en preferentes.

¡Quiá! Imposible. La «Fredegundis» es manganeso puro. Figúrese usted... ¡Como que lleva el nombre de mi suegra! El sindicato nos ofreció diez y seis millones. Si ustedes llegasen a veinticinco, hablaríamos.

. . . .

—Sí, sí. Admitiremos petroleras. Valor por valor...

. . . .

—Bien, bien. No dejaré de convocar a junta general de accionistas.

Nosotros nos sentimos tan cohibidos como si fuésemos a parlamentar con el Kaiser en persona. Nos damos cuenta de que representamos una insignificancia desalentadora. Estamos en dudas si llamaremos al visitado señor Zancadilla, o don Zoilo a secas. Nos resolvemos a llamarle distinguido señor Zancadilla. Es bastante poco para un ciudadano tan eminente.

Por fin nos invita a acercarnos, con un protector movimiento de cabeza. Esto es muy halagador y satisfactorio. Sobre todo, tomamos alientos perdidos con el tiroteo de los millones.

Mientras hablamos, el ilustre señor Zancadilla toma notas, cierra cajoncitos de la mesa y pone horquillas a varios papeles. Nosotros salimos convencidísimos de que nos hemos entrevistado con un súperseñor, que anda con los millones a vueltas, barajándolos lo mismo que si se tratase de cartas en una partida de mus, con órdago a la grande.

Las ventajas de ser hombre de negocios a lo Zancadilla, son enormes. Cualquier traficante en cacerolas esmaltadas suda tinta verde para lograr de un banco una docena de pesos. Los Zancadillas, si hemos de dar crédito a lo que ellos mismos dicen, tienen a su disposición todas las cajas y los banqueros andan a la greña y buscando influencias para conseguir que se dignen tomarles el dinero.

Cualquier tienda de camisetas, una fábrica de tapones de corcho y hasta la última cantina del barrio, suponen un dineral por delante para que la cosa marche, cuando no resulta un desastre. Un señor Zancadilla tiene de sobra con un cuchitril, dos mesas de cortina, unos pedruscos verdosos, o la muestra del cachivache destinado a cambiar la faz del planeta.

Con eso, y con poner un rótulo de metal amarillo, anuncios en los periódicos y escribir cartas a maquinilla, en un papel que tenga un membrete acabado en Company, está todo arreglado.

La fiebre de los negocios va en aumento, y ya no cabe duda de que muy pronto seremos todos millonarios o andaremos camino de serlo.

Muchos chicos ya no piensan como antes en ser militares, boticarios o curas. Los mismos papás, que ven a los Zancadillas rumbando, se encargan de meterles en el caletre la idea de las grandes empresas.

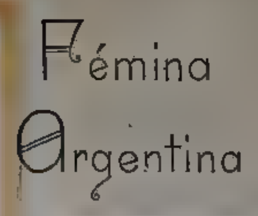
Y tiene razón. Resulta una tontería eso de perder el tiempo luchando con minucias, para al fin no salir a flote en la vida.

Los grandes negocios resolverán a la carrera el problema de la felicidad humana. Ya no se dedicarán más estatuas a generales, filósofos ni políticos.

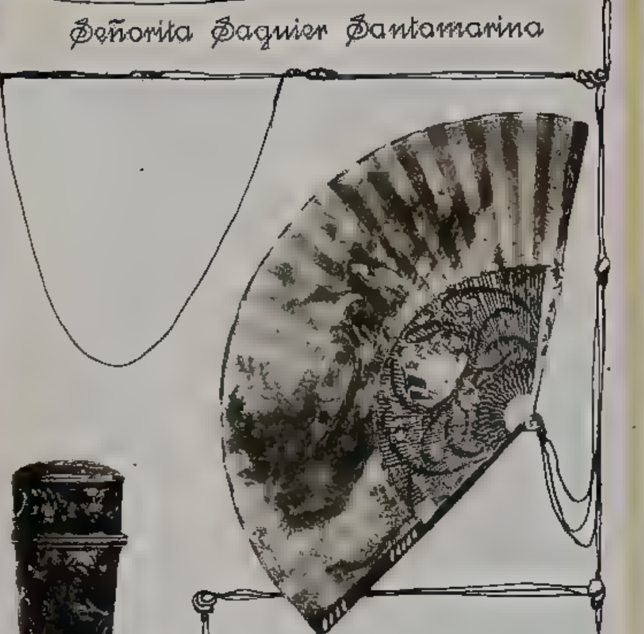
Sobre los pedestales del porvenir serán colocados, marmóreos y gallardos, ilustres Zancadillas.

CARLOS F. CALZADA.

Dib. de Soldati.





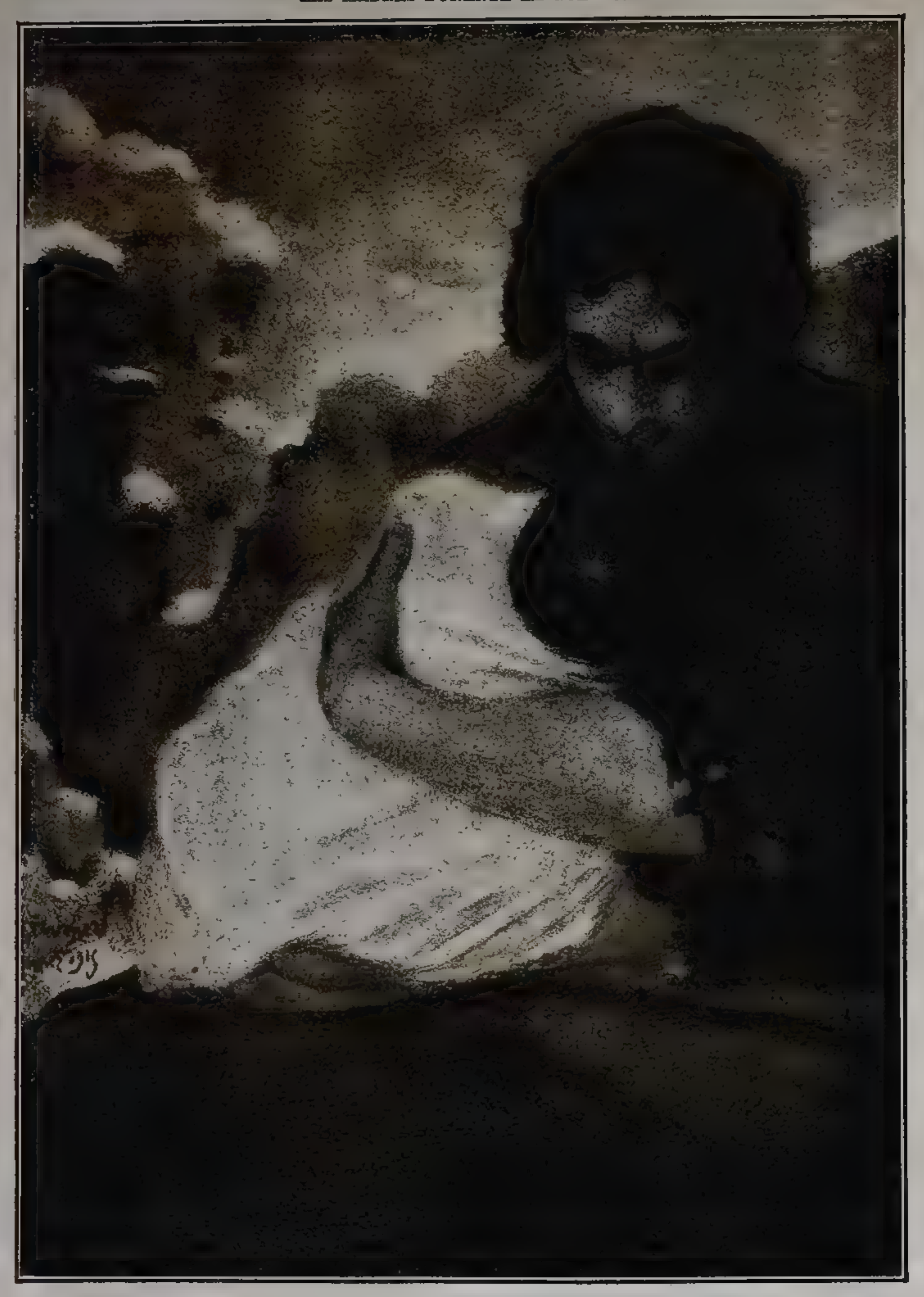


Señorita Saguier Santamarina

Sra. María de Riviere



Foto Van Riel y F. Bixio y Cía



SOBRE LAS RUINAS

Cuadro de Levy Dhürmer.

EN EL SIGLO DE GRACIA

Alteza, con el ritmo que a tus damas arroba
en el parque lunático de Versalles, sonoro,
vaya mi paje a ti llevándote la trova,
que es párpado de azur y es abeja de oro.

Sonrían las doncellas desde los ventanales
a mis ojos; sonrían todas las infantinas
de cabelleras rubias y labios de corales.
(La noche se despierta y hablan mis sonatinas).

En el mármol simbólico del cantero bermejo,
Eros en Paros ritma el madrigal ambiguo
de la melancolía enlazada al gracejo,
es decir, de lo nuevo conjugado en lo antiguo.

Y es, princesa, mi trova la que busca tu halago
en las sutiles redes de tus encajes rosas;
mi trova es como un cisne de armiño sobre un lago
salpicado por raudos viajes de mariposas.

Corazón, dice el labio, desángrate por ella,
y el corazón desangra como un árbol jugoso,
herido por el leve puñalito de estrella
de tu mirar, que tiene inquietud y reposo.

Princesa, ya es la hora de rondar los jardines,
donde lucen toisones las pomas del Verano.
Enfermos de blancuras padecen los jazmines,
y está seca tu boca y nerviosa tu mano.

Vayan mi paje rubio y tu dama morena
alfombrando la senda con esmirnas nupciales;
hay un rapto de luna semejante al de Helena
tras un flotar de estelas y velos musicales.

Una esperanza más y una realidad menos.
En el bosque de olivos suenan notas confusas,
y aparecen de pronto, con sus redondos senos
y sus diáfanos tules, nueve pálidas musas.

Bartolomé GALINDEZ.

APÓSTROFE

«Poeta, mendicante, oye.»
Saint Beuve.

Has venido hasta mí, bajo un capullo
delicado de rosas... como rima,
suavemente (mi vida es una cima
donde puede trepar sólo el Orgullo).

Esto lo sabías... No es de ahora
lo que tengo por norma... La voz baja,
aunque suave y tiernísima no ataja
el redoble marcial de mi pandora

De modo que, retírate del nido
donde mi águila duerme... No he caído
como muchos de lo alto a la llanura.

Yo mantengo sin mácula mi ciencia:
ha de ser como siempre mi existencia
un torrente de linfa, clara y pura.

II

Yo conozco el dolor: no me lo digas
poeta ó mendicante: dite solo...
hace mucho que vivo, vivo e inmolo
la piedad que pretendes, que mendigas.

La lucha no es suave: sólo llega
a la síntesis íntima el valiente,
es decir, el que tiene cómo frente
un gallardo pendón que no se pliega.

Los cantos de piedad son ecos nulos
para toda la recua de los mulos
que giran en redor, cabe a la noria...

Tú debes disuadir de tu ternura:
de la estatua a la vana sepultura
hay un valor histórico: ¡La Gloria!

Guillermo CARABAJAL.



UN VIAJE NOCTURNO A MAR DEL PLATA

Un pueblo veraniego, al sur de la provincia de Buenos Aires, es el lugar preferido para pasar los caniculares días de verano.

Mar del Plata es un edén; allí la monotonía de la vida es agradable; un sinnúmero de atractivos naturales seduce y levanta con su simplicidad los espíritus más abatidos; un ambiente delicioso y una brisa tibia y perfumada contribuye a apaciguar los caracteres más exigentes, y todos éstos se duplican cuando en un anochecer tranquilo y apacible una pareja, sentada en la arena, hace partícipe de sus promesas a alguna ola que impulsada con más fuerza que las otras llega a pocos pasos de los embelesados tortolitos, quienes saliendo de su éxtasis con un prudente movimiento de retiro, se alejan dejando en la acomodaticia arena suaves ondulaciones que el viento y el agua borran, cual fugaz ilusión que inconstante se esfuma del pensamiento en que nació.

¿Cual es el mortal que ante tantas promesas no se anima a efectuar el viaje? Indudablemente que muchos; así es.



La mayoría de las personas disponen su partida con pocos o muchos días de anticipación; en el último de los casos lo más fácil es quedarse sin salir de Buenos Aires. El primero es casi siempre más seguro; es largo enumerar, y más difícil todavía de precisar la serie de circunstancias e inconvenientes que se presentan al tomar tal determinación; el encargo a las modistas, las compras apresuradas, la nerviosidad al recordar un detalle que se olvida, el sombrero que sienta mal o que no hace juego con el vestido, un botón que se le ocurre perderse y hay que pensar en reponerlo, la cerradura de un baúl que no funciona o que la llave no se encuentra, en fin todo contribuye a que la tranquilidad de una casa se disuelva.

Después de muchos sofocones llega el ansiado día de la partida; poco después, sólo faltan horas, y una antes ya se encuentra la familia en el andén de la estación, donde aturdida por el gran movimiento que allí existe, alguno de sus miembros se lleva por delante a un transeunte que distraídamente lee los diarios de la noche, cuando un grito de advertencia no le obliga a hacer cabriolas, so pena de ser atropellado por una zorra llena de bultos y baúles; ya faltan pocos minutos, el silbido de las locomotoras de otros trenes que parten crispan los nervios y la tensión aumenta, los besos y abrazos presurosos se repiten, el infaltable «escribe pronto» va como la repercusión de un eco, desde el primero hasta el último vagón la sonrisa de la mamá que va con sus hijos, al esposo que se queda... a terminar el negocio que creyó terminar ese día, las recomendaciones de que vuelvan pronto... y otro estridente silbido, con su característico ruido de vagones que chocan con sus paragolpes entre sí, indica que el tren parte. Desde el andén y las ventanillas de los coches, los adioses se repiten una y mil veces, hasta que las tres luces rojas del último coche se pierden en la negrura de la noche.

El tren marcha; los nervios, todavía excitados por la algarabía de la estación, contribuyen a reflejar la impresión de los viajeros, y no es extraño que al pasar alguno hacia el coche restaurant o a buscar su cabina, porque llegó a último momento, cuando el convoy partía, escuche las discusiones de los niños al pretender la preferencia de dormir en la cama alta o en la baja, o alguna mamá que regaña a su hijo porque se asoma demasiado por la ventanilla, o ver que a algún nene mal criado y caprichoso se le ocurra hacer lo que su mamá le ordenó hiciera en casa, hasta que al fin el tren con su andar jadeante invita a los pasajeros a entregarse en brazos de Morfeo.

No es de extrañarse que a media noche, cuando todos duermen, soñando con un mundo de venturas o creyéndose mecidos por los ángeles del cielo, despierten sobresaltados por un timbre que suena, un camarero que corre y con la dura suela de sus zapatos golpea demasiado fuerte y una mamá que le pide casi con lágrimas en los ojos árnica con agua blanca, porque su hijo se ha caído mientras dormía desde la cama de arriba, haciéndose un chichón que produce el efecto de hacer llorar desaforadamente al seráfico vástago, con el siguiente disgusto de los demás viajeros que se ven obligados a conciliar el sueño por segunda vez y bajo los pocos acariciadores acordes de un llanto de criatura. Las delicias de una noche de viaje en tren aun no han terminado, al poco tiempo el camarero camina con firmeza y golpea en la puerta de los dormitorios, indicando que falta poco para llegar a su destino. Hay que volver a despertarse; yo les deseo a todos aquellos que hagan un viaje a las hermosas playas de Mar del Plata que no les toque la poca suerte de instalarse al lado de una cabina donde viaje una familia con criaturas: los primeros en despertarse son ellos; en el mejor de los casos, se entretienen dando zapatazos sobre el tabique medianero con el compartimiento vecino. Alguna vez al llegar a la estación marplatense, veis algunos viajeros que caminan presurosos, y con el enojo pintado en el rostro; podéis estar seguros que ha dormido... o más bien no ha dormido, porque su cabina era vecina a una que ocupaba una mamita con sus simpáticos angelitos.

Todavía no han terminado las torturas del viaje; es costumbre, una vez levantados, tomar en el tren el desayuno. Las personas mayores pueden hacerlo en el restaurant, no así los que viajan con niños; pero existe la comodidad de poderse servir el te con leche, pan y manteca en los dormitorios.

Sobre el lavamanos y una valija grande, que hace el papel de mesa improvisada, se coloca la bandeja traída por el mozo, repletas de tazas, cucharas, pan manteca, etc, etc: la mamá con sus solícitos cuidados, se apresura a servir a sus vástagos el saludable alimento; no es extraño, y por regla general es así, que el hijo de la vejez, o sea el último de los herederos, y que nunca tiene, ¡oh, rara coincidencia!, más de tres años, salga hacia el pasillo del coche, con una servilleta atada en nudo sobre la parte posterior de su cuello y con una tremenda rebanada de pan repleta de manteca.

Los viajeros, sin darse cuenta del peligro continúan contemplando el bello panorama que se extiende a su vista, sin prestar atención a la preocupada criatura que tambaleándose por los vaivenes del tren, se acerca; en la mayoría de los casos, se nota su presencia, cuando una manecilla impregnada de manteca tira de nuestro pantalón y una vocecilla, infantil nos dice: ¡Papá! ¡Papá!...

Si por casualidad algún día se os ocurre la valiente idea de emprender un viaje nocturno a Mar del Plata, tratad por todas las formas posibles de que la empresa del ferrocarril dicte una resolución por la que sea terminantemente prohibido viajar con criaturas, o en su defecto viajad en la carbonera, que llegaréis sucios (total vais a bañaros) pero contentos.

Pepito CLAISSE.

Dib. de Soldati.



EL RECUERDO MÁS HERMOSO DE CATULO MENDES.

APENAS introducidos en la luminosa sala de muros de pórfido rosa incrustado de amatistas, los tres príncipes, casi niños todavía (Aymón, el mayor, tenía diez y siete años, Colombán diez y seis y Roselín quince), se encararon con el Encantador benéfico que estaba sentado en su trono de jaspe, apoyados los pies en la crín del dragón familiar, y le dijeron, hablando a un tiempo:

—¡Ilustre Mago! que habéis adquirido, por tantos prodigios y por tantas generosas acciones, renombre sin igual en todos los países del mundo, sabed que nosotros somos hijos del rey, y queremos ser poetas.

El Encantador sonrió, estremeciéndosele la hermosa barba de color rosa blanca.

—¿Nada más que eso? —dijo ¿Conque poetas? Es decir que vosotros, simples herederos de un monarca, pretendéis convertiros en semejantes a los dioses triunfadores?... Ser poeta, niños, es no ignorar nada, es no tener nada que desear, porque se posee todo, y encontrar siempre en la posesión las delicias jamás extinguidas del deseo Aquel a quien ha sido otorgado el don de la poesía vive en el encanto eterno de las rimas que le mecen, marcha sobre tapices de púrpura y de flores, y toca con la frente en las estrellas Los pájaros le aman, en él adoran las rosas, las mujeres mueren de amor por él... ¿Vosotros deseáis ser poetas? Lo creo. Uno de vosotros será poeta. ¡Lo consiento! ¡Lo ordeno! y creo, jóvenes príncipes, que estáis en el caso de agradecérmelo de rodillas.

Cayeron arrodillados, con el aire de la más sincera gratitud; pero, en el fondo de sí mismos, no estaban tan satisfechos como afectaban parecerlo.

—¡Uno de nosotros! ¿Cuál, ilustre Mago?

El Encantador respondió: —¡Aquel de entre vosotros que se muestre menos indigno de la gloria a que aspiráis! Escuchadme con atención. Durante un año vais a recorrer el mundo, pero no juntos. Examinaréis bien las cosas; después volveréis a mi palacio de pórfido rosa incrustado de amatistas y a aquel de los tres que traiga el más hermoso recuerdo ¡le otorgaré el don de la poesía!

*

Transcurrido el año, reaparecieron los príncipes en la morada del Mago.

— Y bien, príncipes, ¿qué os ha ocurrido durante vuestros viajes? ¿Qué cosa os ha parecido más admirable entre todas?... Habla tú, Aymón, antes que tus hermanos, puesto que eres el mayor.

— Lo que yo he visto sublime — exclamó Aymón, reflejando sus ojos rayos de gloria — fué una batalla, a la hora del sol poniente, en una vasta llanura. Las abrillantadas armaduras, sonaban y resplandecían. Los estandartes, como enormes y terribles pájaros, se abatían sobre el tumulto con sacudimientos de alas desplegadas. Los gritos de victoria, en aquel torbellino, ahogaban los ayes de la derrota. Y las espadas centelleaban en el aire, rápidas y luminosas como un millón de tallos florecientes que despidiesen relámpagos acerados Y, mientras que los vencidos huían hacia el horizonte, sangrientos y aterrados, apareció en un caballo blanco, en lo alto de una colina, entre el arroyo de oro y púrpura celestes, el joven caudillo vencedor, flotando al aire su penacho!

— Cierto que es magnífico espectáculo — dijo el Mago, y volviéndose a Colomban preguntóle: — Tú ¿qué has visto?

— He visto muchas cosas que no me han parecido dignas de la detenida atención que otros hombres les conceden. Los parques reales donde tantas princesas se pasean, dejando arrastrar, con la hinchada vanidad de los pavos de cola de estrellas, sus túnicas de seda; las cortesanas que se divierten, mientras se les habla de amor, con el ruido que producen los rubíes cayendo uno a uno en el fondo de una copa hecha de una sola perla; el poder de los reyes, la opulencia de los avaros, el lujo, los triunfos, las glorias, ¿qué es todo esto, os digo? Ciertamente, ya desesperaba de encontrar alguna cosa cuyo recuerdo valiese la pena de vivir en mí, cuando entré en una gran ciudad donde la peste hacía grandes estragos. Causaba piedad ver tantos moribundos y tantos cadáveres en las calles, en los umbrales, en todas partes: el contagio circulaba por el aire como viento de muerte, y ya me disponía a salir de la lúgubre ciudad cuando vi aparecer varias mujeres que iban de uno a otro enfermo, ofreciéndoles remedios prodigándoles consuelos. ¡No tenían miedo de adquirir el espantoso mal! ¡Para que aquellos desgraciados sufriesen menos, para que estuviesen menos abandonados, esas mujeres desafiaban bravamente las repugnancias, los peligros, la muerte probable! Me sentí lleno de ferviente adoración por aquellas mujeres misericordiosas, y comprendí que no vería nada más hermoso en la tierra.

— Cierto que es noble espectáculo el que nos ofrece la abnegación de la caridad.

Roselín, el más joven de los tres hijos del rey, fresco y delicado como una flor de largo tallo, no había hablado todavía.

*

Interrogado, contestó: — Yo no he detenido mi vista en las batallas de las llanuras, bajo el sol poniente, ni en las caritativas personas que cuidan a los moribundos en las ciudades en que la peste hace grandes estragos. Porque el día de nuestra partida, a los primeros pasos, vi una cosa después de la cual no he sabido ver nada más; y, sin embargo, no seré yo quien obtenga el premio.

— ¿Qué es ello? — preguntó el Hechicero.

— Al entrar en una población, había en una ventana una doncella que lloraba. Me aproximé. Sí, lloraba. Sus ojos, color de cielo, semejaban dos florecillas azules todavía húmedas de la lluvia. «¿Cuál es — le pregunté — la causa de vuestro pesar?» «La causa de mi pesar, — me contestó — es que mi prometido, el único ser que yo quiero, me ha abandonado por seguir a una gitana que pasaba.» Y sollozó entre sus trémulas manos pálidas. Entonces, lloré yo también, y, después, en mis viajes, no he podido ver nada; tan velados estaban mis ojos por las lágrimas.

El buen Encantador exclamó: — ¡El poeta serás tú, hijo mío!, porque nada hay tan noble y tan sagrado como el dolor de las vírgenes enamoradas, y tú eres quien ha conservado el más hermoso recuerdo. ¡Sí, te otorgo el don de las rimas, de las rimas sonoras; pero tú, que lloras con las doncellas llorosas, sabe, niño, que ya eres poeta!

A. J. PEREIRA.

UN MOSQUETERO DE OCASIÓN

Juancito Gutiérrez se tiró del lecho a las diez, abrió los postigos de la ventana y luego de convencerse de que hacía una magnífica mañana, fué a inclinar el busto sobre el lavabo y dió principio a sus abluciones matinales. En paños menores le sorprendió doña Magdalena, la hermana de la portera, que le traía el desayuno, y el joven, que había tenido por hábito ser respetuoso con las damas, se metió de prisa dentro de unos pantalones y se instaló junto a la mesa, ante un tazón de loza-piedra colmado hasta los bordes de café con leche. En tanto que partía un panecillo, charlaba con doña Magdalena.

Con el carnaval había llegado para él la fiesta más agradable del año. El placer de dar bromas y de intrigar a sus amistades era un placer que no tenía precio. Pero no eran todos, no, los que sabían hacerlo. Sus ocurrencias, su *sprit*, su chispa, lo confesaba sin modestia, eran inagotables. Le inspiraban lástima esas máscaras insulsas, desabridas, siempre prontas a la frase grosera y al chiste grueso. A más, él no concebía que hubiera gentes que tuvieran el mal gusto de disfrazarse de mamarrachos, habiendo tantos disfraces decorosos, artísticos. Doña Magdalena, sentada frente a Gutiérrez, asentía moviendo la cabeza con lento vaivén.

— ¿Ve usted ese traje, doña Magda? Pues es un traje de mosquetero, traje típico, que en nada se diferencia de los auténticos que he visto en el Museo del Louvre. Un D'Artagnan no hubiera vacilado en ponérselo para acudir a una fiesta en Versalles. Luego, esa careta la he buscado durante una semana. Ella es una copia casi fiel del rostro de los antiguos mosqueteros... Mire usted qué expresión, doña Magda. Observe usted esos mostachos de luengas guías, esa nariz cyranesca, ese aire fanfarrón que tanto concuerda con el tipo que voy a caracterizar. ¿Y el *chapeo*? El *chapeo* pide a gritos una de esas profundas reverencias llenas de donaire, con que los caballeros, doblado el busto y una mano puesta sobre la empuñadura de la tizona, saludaban a las damas. ¡Hermosas épocas aquéllas, doña Magdalena, en que los hombres conquistaban riquezas y amor a fuerza de estocadas!

Gutiérrez se puso de pie. Doña Magdalena reunió en la bandeja los cacharros del desayuno y se marchó. Ya estaba en la escalera cuando el joven le gritó:—Ya me verá usted dentro de un rato, señora. Pasaré por la portería. Puede usted, si quiere, avisar a los vecinos.

*

Fué un descenso triunfal el de Gutiérrez. Los vecinos que le aguardaban al pie de la escalera saludaron con aplausos su gallarda aparición. Desde el último descanso Juancito se descubrió con profundísima reverencia, y la pluma de su *chapeo* barrió aquellos escalones, dignos más bien del barrido de una escoba. El mosquetero, con paso reposado y aire marcial, pasó entre las dos hileras de curiosos y llegó a la calle. Los chicos le siguieron un par de cuadras, y le hubieran seguido quién sabe hasta dónde si a Gutiérrez no se le ocurre dispersarlos haciendo ademán de desenvainar la tizona. Ya libre del séquito bullanguero de aquellos zaparrastrosos que le quitaban brillo a su figura altiva y elegante de gentilhombre, Juancito dirigió sus pasos hacia donde estaba seguro de encontrar amigos a quienes intrigar. ¡Y vaya si los intrigaría! Ni uno solo de ellos siquiera sería capaz de adivinar que bajo la vestidura de aquel mosquetero irónico y fanfarrón que les sabía a todos la vida y milagros se escondía el amigo Gutiérrez, el excelente camarada que noche a noche jugaba con ellos, en el café, interminables partidas de dominó.

*

Eran las dos de la tarde cuando Gutiérrez, después de haber buscado en vano a sus conocidos, entraba en un reservado del restaurant El Canario. Tenía un apetito y una sed imposibles de disfrazar. Se quitó la careta, el *chapeo* y la tizona y la emprendió con unas lonjas de jamón, mientras estudiaba el menú con una reconcentrada atención de hombre que sabe comer.

A las tres concluyó de almorzar y se puso en pie. Se puso en pie, pero se volvió a sentar. Se sonrió pensando en que el Burdeos también suele dar sus bromas. Sería chusco que tuviera que abandonar su paso firme de soldado, para andar a tropezones por ahí. Pidió otro café. El café es bueno para disipar los humos del vino. Media hora después se creyó serenado y se levantó de la mesa. No estaba muy bien, pero haría un esfuerzo para caminar derecho. Se puso el *chapeo*, se ciñó la tizona y salió del restaurant.

A las pocas cuadras (ya era hora) vió a uno de sus amigos venir hacia él por la acera. Era un amigo a quien no estimaba gran cosa, y se propuso hacerle pasar un mal rato.

La «víctima» se fijó en él y le saludó afable, con la mano:

—¡Adiós, Juancito! ¡Divertirse!

Gutiérrez quedó viendo visiones. ¿Era posible? ¿Cómo había hecho para reconocerlo? No se dió por aludido y apretó el paso. Los transeuntes lo miraban y se sonreían. El mosquetero pensó que no caminaría sin duda muy derecho y trató de guiarse, para conservar la línea recta, por las lozas de la acera. De pronto sintió una voz que le decía:

—Buenas tardes, señor Gutiérrez. ¡Lleva usted un regio disfraz!

Juancito se quedó atónito. No quiso ni saber quién era el estúpido que le había conocido, y entró en un café. La rabia le sofocaba.

El mozo se acercó solícito:

—El señor tomará lo de costumbre, ¿verdad?

Y sin darle tiempo a responder se alejó hacia el mostrador.

Gutiérrez lanzó un terno digno de un mosquetero y se arrojó a la calle.

Llegó a su casa desalentado, iracundo, dispuesto a convertir en trizas su disfraz. Pero al ver su imagen reflejada en el espejo del ropero, se quedó como petrificado por la estupefacción, por el asombro, y luego prorrumpió en una carcajada interminable, que lo hizo arrojarse sobre el lecho convulso, casi ahogándose.

¿Cómo no iban a reconocerlo todos, si había olvidado la careta en el reservado del restaurant?

Carlos Jorge CORREA.



En el frente italiano.

LOS PESCADORES



En el murallón. Aceptan gustosos una insolación a cambio de una mojarrita.



Uno que pesca todo el santo día, y que por su acento alemán dicen algunos que tiene relaciones misteriosas con Luxburg.



Nada mejor que un cimarrón para esperar a que se hunda el flotador, recordando las hazañas de la campaña del desierto.



Con éstos no más ya está el día asegurado. Buen provecho.



Los del Club de Pescadores son unos pachás: pescan con toda clase de comodidades.

Hay un adagio que dice, que sobre gustos no hay nada escrito.

Es claro que, a pesar de lo que el adagio afirma, hay gustos y gustos; porque nadie que tenga sentido común me va a venir á discutir que es lo mismo tomarse una borrachera y romperse la cabeza contra el cordón de la vereda, o pasarse una noche entera jugando al poker y perder hasta la memoria.

Yo, francamente, puesto en la obligación de elegir, optaría por lo último, puesto que le queda a uno la esperanza de ganar. Verdad que al otro le queda también la esperanza de que un vigilante lo lleve a dormir a la comisaría; pero de todas maneras, el hecho de que haya aficionados a lo primero y a lo segundo, prueba una vez más la verdad inconmovible del refrancito de marras.

La afición a la pesca es uno de los gustos que más polémicas ha suscitado desde que se inventó el anzuelo. Hay quien no concibe que un hombre pueda pasarse el día y la noche prendido de un piolín o de una cañita para darse el gusto de pegar un tirón de vez en cuando y sacar del agua un bagre o una chancleta rota.

Yo me abstengo de opinar sobre el particular, pero a juzgar por el gran número de gentes que invierten su tiempo en esto, algún atractivo debe tener la cosa, sobre todo cuando hay hasta quienes se resignan a que el pleno sol de la siesta les caiga sobre los hombros, y se quedan tan campantes como si les estuvieran cayendo suaves y refrescantes gotas de rocío.

Y para que vean ustedes que es verdad lo que digo, de que hay mucha gente que se consagra con fruición a esperar las acuáticas sorpresas de la línea; ahí tienen algunas impresiones del objetivo, tomadas en una rápida recorrida hasta el club de pescadores, donde se congrega la flor y nata de los aficionados a la pesca. Algún recalcitrante enemigo del pacífico deporte observará los anexos del mismo y argüirá que con lo que se entretienen no es precisamente con sus cañas y sus anzuelos, sino con lo que llevan para pasar el día.



Aquí no se pesca más que zapatos viejos y latas vacías.



La cosa es con café y coñac, de donde se deduce que también en la costa se pueden pescar «peludos».

Un aficionado a la caña... de pescar.

Bueno. Yo no le llevaré, porque ya he dicho que me lavo las manos.

Pero un comandante retirado, que encontré en mi excursión, me confesó que él prefería la pesca, por ser más noble, a las riñas de gallos y á otras cosas que se hacen de contrabando, con gran concurrencia de adeptos.



Este ya no se escapa de la cazuela.

Y ya ve el lector cómo volvemos a caer en el adagio. Porque un aficionado a los gallos o a los loros, dirá, sin duda, a su vez que él es amigo de las sensaciones fuertes y que prefiere pegarse un tiro antes de aguantarse veinticuatro horas sentado sobre una piedra para sentir el placer de cometer un pecicidio alevoso, engañándolo al pobrecito con una carnada que no la quisiera para él el que se la echa.

Pero no sigamos divagando sobre gustos, porque, según todas las apariencias, este problema lo dejó sin resolver el Padre Eterno sobre la tierra, porque no pudo resolverlo.

Y así, que cada cual haga el suyo y que los pescadores se diviertan.

Ece del Clé

Un primer auxilio



Estamos de guardia en la Asistencia Pública, vagamos con el pensamiento en la lejanía, contemplamos el cuadro de los valetudinarios que entran y salen. El tañido del timbre nos anuncia un auxilio; conjuntamente con él un ordenanza con la boleta verde; ¡para qué mirarla!; los datos, como siempre, son de un laconismo casi fúnebre.... Calle tal, número cual, un ataque, un enfermo, una hemorragia, y eso es todo, y sobre todo a lo mejor el ataque es un dolor de muelas, el enfermo un sujeto afectado de un malestar pasajero, por un exceso de alimentación, la hemorragia un síntoma cualesquiera; pero hay que concurrir rápidamente; a veces el llamado es grave y la urgencia perfectamente lógica.

Nos aproximamos al portón de salida de ambulancias, el coche nos espera, miramos la dirección y la indicamos al chauffeur: subimos al auto, tras una breve marcha éste se detiene, abrimos la portezuela y descendemos, miramos una chapa de médico en el costado de la puerta, quizás sea un error numérico del chauffeur, miramos la boleta y coincide con esa numeración, tocamos el timbre.

El portero sale rápidamente.

—Pase, pase pronto, el doctor está mal...

—¿Qué le pasa?, ¿qué le ha ocurrido?...

El criado nos mira, hace un ligero ademán señalándose la cabeza. No quisimos comprender, dónde está... nos dirigimos hacia una habitación del interior, donde distinguimos murmullo.

Sobre una alfombra roja un cuerpo que se debatía, sujeto por algunas personas; en un rincón una señora entrada en años que sollozaba; nos aproximamos.

—¿Qué le pasa?... ¿me reconoce usted?

—¡Como no, el doctor B!... Aquí me tiene, estoy esperando un espasmo, y su mirada brillante parecía perderse en el ocaso: transfigurado su rostro, miraba al rincón a la madre con aire colérico.

¿A que continuar el interrogatorio?; el diagnóstico se podía establecer rápidamente: se nos relató que ese estado de nervosismo se inició con una tentativa de estrangulamiento a la madre. Recetamos bromuro y nos alejamos... ; al hacer la indicación ulterior del tratamiento, contemplamos con pena honda a esa pobre madre.

Nos retiramos con el espíritu acongojado; pensamos en el jovenzuelo de aspecto vivaz, inteligente, siempre dispuesto a la jarana con los compañeros de guardia; era indiscutiblemente una promesa para la medicina; no era uno de tantos espíritus unilaterales que creen que la medicina se reduce a recetar pomadas y purgantes.

Hace pocos días nos visitó en la Asistencia Pública, ya convertido en flamante galeno, y se lamentaba del poco éxito financiero de la profesión, y con una risa sarcástica decía:

—El único enfermo que tengo es un loco...

Pensamos en las coincidencias de la vida. Parecía predestinado a que el único enfermo que tuviera desde que se inició la carrera, le contagiase su mal.

Leopoldo BARD.



La Perlita Argentina

El indio sudamericano en relación en el medio geográfico

CUALQUIERA que sea su raza, que actualmente conocemos es hasta cierto grado producto del medio, pues poco es lo que sabemos acerca de su estado primitivo. A veces hablamos del hombre primitivo, pero es este un nombre que damos a los hombres que se encuentran en un estado inferior de desarrollo, sin atender en modo alguno a la noción de edad. No existen hombres primitivos, del mismo modo que no hay cultura primitiva. Ambos han sido tan modificados por el medio, que es muy poco lo que nos dan a conocer acerca de lo que fueron los primeros hombres y de la cultura que tuvieron. Desde el principio, ambos se desarrollaron de perfecto acuerdo con el medio.

Dícese que el hombre difiere de los demás animales en cuanto es capaz de subordinar el medio físico. El hombre se ha aprovechado del conocimiento que tiene de las leyes de la naturaleza; pero no le ha sido dable vencerlas. Ha tenido que depender de los productos naturales para sustentarse, razón por la cual ha tenido que limitar sus migraciones y su habitáculo. En los climas fríos de las grandes alturas y de las altas latitudes se halla limitado por cuestión de alimentos a la línea fijada por la naturaleza para el crecimiento de las plantas y de los animales. En los climas calurosos y húmedos de los Trópicos se ve privado de energía y de ambición y degenera. Todavía no ha vencido la naturaleza, pero ha logrado más que los demás animales por cuanto se ha adaptado a las exigencias de la misma. La dificultad individual con que tropezó cuando comenzó a existir ha contribuído al mayor desarrollo de la raza a que pertenece. Su prolongado período de evolución ha favorecido la acción del medio sobre el desarrollo de su cuerpo, haciéndolo adecuado para el habitáculo que ha tenido. Si sus migraciones no se efectúan con extrema rapidez o no se extienden a una gran superficie del terreno, los cambios que experimenta el cuerpo se hacen normales y la raza sobrevive. Los nuevos caracteres adquiridos se conservan. Existe alguna duda sobre si los caracteres adquiridos por los antecesores llegan a heredarse; pero es un hecho que con todos los factores geográficos llegan a heredarse los efectos producidos por el habitáculo.



Indio waiwai ataviado para el baile.

Si los efectos del medio obran sobre el individuo y no llegan a fijarse permanentemente en la raza y si los mismos sólo obran como una causa retardataria en el desenvolvimiento de los rasgos característicos, la fuerza hereditaria de aquéllos llega a producirse porque nunca cesa de actuar. De aquí que la raza se desarrolle de acuerdo con el medio. El hombre primitivo ha debido surgir en un país tropical, aun cuando no montañoso, donde el medio ejerciera escasa influencia sobre su creciente intelecto. La necesidad de procurarse alimentos quizá lo hizo alejarse temporalmente de su habitáculo. Después de algún tiempo la presión del mayor número tal vez le impidió el regreso. Sus costumbres y sus hábitos probablemente cambiaron para hacerle frente a las nuevas condiciones en que se encontró. Sin duda, fué así cómo lentamente evolucionó a través del largo período de su historia, de escalón en escalón, de medio en medio y de transformación en transformación. Estas transformaciones no fueron necesariamente progresivas. Era muy poco a lo que podía aspirar, haciéndolo volver o arrojándolo de su antiguo territorio, así el mayor número como la necesidad de alimentos. Siguió las costumbres de los animales y quizás aprendió de ellos la manera de construir su habitación y de conservar los alimentos para satisfacer las necesidades del mañana. La necesidad desarrolló la previsión, convirtiéndolo en inventor. Primero temió las fuerzas de la naturaleza y luego las imitó. Llegó a ser tan veloz como el viento y el agua con cuyo auxilio había viajado, hasta que por ese medio llegó a ocupar la tierra habitable, y cada sección de la humanidad siguió produciendo una cultura peculiar al medio en que se hallaba. En este desenvolvimiento han tenido su influjo cada uno de los factores geográficos. El mar y la bahía, el lago y el río, la montaña y el valle, el bosque y el desierto, el calor y la humedad, el viento y la lluvia, la luz, la nube, todos y cada uno han ejercido su influencia para aislar o unir, separar o desviar, expandir o confinar los pueblos errantes y para determinar su desarrollo físico, sus formas de cultura y su organización económica y política. El hombre no ha tenido plan ni modelo. Los progresos que ha alcanzado se deben a la casualidad antes que a la elección, al accidente antes que a la dirección consciente.

En la migración emprendida por el hombre desde su residencia primitiva, que probablemente estuvo en el sur de Asia, y en la que por la vía del Estrecho de Behring y de la América del Norte se dirigió a los Trópicos, volvió a realizarse el ciclo de las condiciones climatéricas. Sus largas y variadas aventuras le enseñaron a ser prudente, no obstante lo cual continuaba su camino. Viendo que en la garganta del Istmo de Panamá se amontonaba la gente se decidió a continuar adelante, hallando otro continente que, como el que acababa de abandonar, se prestaba por sus bien demarcadas rutas a una migración de norte a sur. El Orinoco, los grandes y numerosos tributarios del Amazonas y del Plata, lo mismo que los Andes y la costa ofrecían líneas directas para viajar, aun cuando todas ellas conducían a lugares difíciles. Las montañas eran demasiado altas, las selvas en extremo tupidas, el sur sumamente frío y los Trópicos demasiado calientes como para ejercer atractivos sobre ellos. Pero no había retirada posible hasta que no hubiera llegado al sitio más distante para luego abandonarlo. Hacia la época del descubrimiento habían ellos recorrido todo el continente, efectuándose una migración contraria por el Istmo y por las Antillas.

Cuando la primera migración penetró en el continente, la gente fué desviada hacia las dos costas por las montañas. La que continuó bajando por la costa occidental, obligada a luchar con la vegetación en un clima húmedo y debilitante, pudo establecerse en aquellos medios y fundar una cultura adelantada.

La que siguió por la costa sur del Ecuador debió haberse sorprendido cuando salió de las selvas para encontrarse en un desierto enorme, el más árido del mundo, que por una distancia de 2.000 millas se extendía como una angosta franja a lo largo del mar. En este territorio halló fértiles valles regados por innumerables ríos, que se alimentaban con el deshielo de las altas cumbres y que iban a parar al mar o se perdían en el desierto. Estos valles, separados por arenas donde no había vestigios de huellas, ofrecían a la vez seguridad y alimentos. El mar no les dirigía ningún llamamiento. En esta dilatada faja costanera había pocos puertos, abrigados y no encontrando en la misma maderas para fabricar embarcaciones ni isla alguna frontera a ella, los migradores se convirtieron en pueblo agrícola que vivía en aldeas y se servía de los ríos para labores de migración. La irrigación

garantizaba cosechas regulares, con lo que llegaron a tener provisión constante de alimentos. También favorecía ella la inventiva y el auxilio mutuo. El hecho de que dependieran de la misma agua hizo que se desarrollara una organización social y un gobierno fuerte. Como estos diferentes valles producían los mismos frutos, habrá escaso comercio entre aquéllos, dejándosele a cada uno la tarea de formar su propia cultura. Los monumentos arqueológicos señalan el desarrollo de los distintos centros independientes.

Cerca del extremo meridional del continente, las condiciones eran lo contrario. La costa y las faldas occidentales de las montañas estaban cubiertas de vegetación, en tanto que el interior era un semidesierto. La profunda y abrigada costa mostraba frente a sí una cadena de islas. Los empinados montes caían sobre el mar dejando poca tierra cultivable. Los bosques suministraban madera adecuada y abundante para construir canoas. Todos estos elementos del medio se reunían para obligar a las infortunadas tribus que habían sido arrojadas hacia esta región a convertirse en un pueblo marítimo. Las inhospitalarias montañas cubiertas de nieve impedían el contacto con las tribus del interior. También se hallaban incomunicadas con los pueblos de la costa septentrional por mares tempestuosos y por costas llenas de farallones y desprovistas de puertos. Hallábanse por lo tanto limitados a las islas y a los canales que las separaban. Su aislamiento y sus duras condiciones de vida, fuera del alimento incierto de que disponían, les impidieron crear una elevada cultura. No habían tenido un momento de descanso y todas sus energías habían sido puestas a contribución con el objeto de asegurar el diario sustento.

Los vecinos más cercanos de estos navegantes vivían en peores condiciones porque constituían un pueblo del interior que se había visto obligado a refugiarse del otro lado del estrecho y en la tierra más remota del continente, de la cual no podían escaparse en manera alguna. Rodeados de condiciones difíciles y escasos de alimentos, llevaban una vida precaria. Los que formaban dicho pueblo tenían que vivir en pequeños grupos separados con el fin de recoger sus alimentos silvestres. Estos pequeños grupos dieron nacimiento a una desenfrenada independencia que no permitía dominación alguna. Entre ellos no había necesidad de esfuerzo común, por lo que no tenían jefes ni gobierno organizado. Abandonados en un clima de lo más riguroso han desplegado una gran energía para conservarse aún en su actual estado de cultura. Su vida sencilla revela su origen. La ausencia de canoas es prueba de que pertenecen a la tierra firme que está al este de las montañas, donde no existen ríos navegables y cuya costa inabordable se prolonga por millares de millas. Los habitantes de ésta pampa han sido siempre cazadores, pero no pescadores.



Dos mujeres diau.

En la propia costa, más al norte, la estrecha faja de tierra baja era fértil, y encerraba muchas bahías profundas. En esta región, las gentes se hicieron agricultores, aun cuando aumentaban sus provisiones con conchas marinas. Grandes hacinamientos de desperdicios indican los lugares en que se hallaron los centros de ocupación. La cadena de empinados montes que bordaba la costa les impedía dirigirse al interior donde se encontraban otras civilizaciones.

En la costa que corre desde el norte del Amazonas hasta el Istmo, las sabanas y las tierras cubiertas de bosques que se encontraban hacia el interior se hallaban ocupadas por representantes de aquel mismo pueblo. Con ideas más amplias y con fáciles medios de comunicación, las tribus de las sabanas de esta costa llegaron a fundar una civilización más elevada.

En tanto que las gentes de la costa gozaban de diversas condiciones climatéricas debidas a los cambios de latitud que se presentaban desde el ecuador hasta los puntos desiertos de la extremidad meridional del mundo, las de las montañas habían disfrutado de la misma variedad de climas por efecto de las regiones elevadas que ocupaban desde las playas tropicales hasta el habitáculo más elevado del hombre. Debido a las alturas y a las difíciles condiciones de vida que ofrecían y a la escasez de tierras de labor, las montañas sólo sirvieron en un principio de antemural des-



Trampa de los waiwais para cazar váquiras.

tinado a desviar y separar los pueblos errantes. Después de algún tiempo, las aglomeraciones de gentes de los valles de la región baja del oeste obligaron a los hombres a dirigirse hacia las cuestas, altos valles y mesetas de las cordilleras. En esta región descubrieron la quina, la coca, la patata, plantas todas las más resistentes en los climas fríos. En los altiplanos descubrieron entre otros animales la llama, uno de los animales más útiles que el hombre ha conocido. Ella les brindaba su carne para que se alimentasen, su lana para que hiciesen sus abrigos, su cuero para fabricar sus aparejos, y su lomo para el transporte de cargas. Los habitantes de los altos valles se hicieron agricultores y mercaderes, en tanto que sus vecinos fueron primero pescadores y más tarde pastores. Los vientos fríos y desapacibles que pasaban azotando las abiertas mesetas hicieron que las gentes se retiraran hacia el oeste de las montañas en busca de protección, formando en esos puntos pequeñas comunidades en las que cada pastor poseía su propio rebaño. Mientras vivieron en esos remotos lugares, las gentes de referencia entablaron relaciones comerciales con los agricultores de los valles. Sus rebaños representaban una constante provisión de alimentos, y aun cuando sus condiciones de vida eran un tanto duras, se encontraban protegidos, contentos y felices. El amplio horizonte y el clima vigorizador en medio de los cuales vivían estimulaban sus pensamientos. Sus ocupaciones les dieron algún vagar para dedicarse a la contemplación. Fué así como entre los pastores pudieron alcanzar su más alto desarrollo la música y el mito.



Muchacha diau de una tribu del norte del Brasil.

En el centro de esta región llena de altiplanos se encuentra un gran lago que no tiene comunicación alguna con el mar. Todos los valles de los alrededores conducen al lago, cerca del cual reinaba el clima más agradable. No había allí bosques con cuyas maderas pudieran construirse casas; pero sí gran abundancia de piedras en las montañas y de césped en los campos con que hacer casas, lo mismo que juncos y cañas en las ciénagas para fabricar balsas. En las orillas del lago surgieron grandes poblaciones a las cuales podía irse por agua o por tierra.

El gran número de tribus que habitaba el interior del continente tuvo una historia diferente. Las grandes pampas sudestes ofrecían escasas fronteras naturales para confinar la gente; razón por la que desde un principio malgastaron sus energías en difundirse por toda la región sin llegar a fundar un solo centro de importancia. Se habían agotado en sus correrías, sin que dejaran tras de sí nada de valor.

En las altiplanicies orientales del Brasil, las cuales estaban apartadas de todas las rutas seguidas por las migraciones de pueblos y separadas de la costa, había algunas tribus pertenecientes a la misma raza. En general eran los elementos más atrasados del continente, siendo quizás un resto de las primeras tribus que habitaron dicha región y que fueron arrojadas a lugares no traficados por tribus más fuertes y adelantadas que en tiempos posteriores invadieron el antiplano. Ocupaban las únicas montañas del este de los Andes, que son bastante altas como para formar una barrera o constituir un lugar de refugio.

Los ríos y valles del norte y del sur y la baja línea divisoria de las aguas del oeste conducen a las sabanas del altiplano. Este llegó a ser un punto de reunión para las migraciones provenientes de esas direcciones, lo mismo que un lugar de dispersión. Las rutas migratorias de entrada y de salida de tres grandes razas pueden determinarse con relación a este centro mediante las tribus que quedaron diseminadas a lo largo de aquéllas. Al parecer, representantes de una de esas razas bajaron el Río de la Plata hasta el mar y siguieron por la costa para llegar al valle del Amazonas después de recorrer una distancia de 3.000 millas; otra bajó por los tributarios del Amazonas que se encuentran al sudeste, continuó por dicho río y fué a parar a la costa y a las Antillas, en tanto que la tercera ocupó los tributarios superiores del Amazonas y cruzó la cuenca de éste, hasta llegar a la costa septentrional.

El valle del Amazonas, cuya superficie es casi tan grande como la de los Estados Unidos, estuvo ocupado por centenares de tribus pertenecientes a diversos grupos de lenguas diferentes que se encontraban más o menos en el mismo estado de civilización. Toda esa superficie se encuentra dentro de los Trópicos y se hallaba separada de los grandes centros de cultura del oeste por montañas infranqueables. Es una selva húmeda y tropical, que tiene un clima de lo más debilitante. La naturaleza es allí omnímoda, por cuanto haciendo la vida fácil no se necesita trabajar. No hubo en esa región lucha alguna de la inteligencia contra las fuerzas naturales, porque éstas ofrecían cuanto se necesitaba para la vida. Las mercedes de la naturaleza recompensaban la debilitada ambición sin que para ello fuese menester de esfuerzo alguno. Las necesidades diarias se satisfacían diariamente. Su clima era tan benéfico que casi no se necesitaban vestidos y habitaciones, excepción hecha de las sencillísimas guaridas que en caso de necesidad se construían en pocas horas. No había por qué ejercitar allí la previsión, la inventiva o la habilidad. Había vagar, pero no energía. La ley de la gravitación social no se aplicaba porque no había necesidad de concurso mutuo. Los pobladores vivían en pequeños grupos porque tenían necesidad de espacio suficiente para la caza y la pesca. De ahí que entre ellos no pudiese existir gobierno central. Los ríos de tarda corriente les ofrecían fáciles vías de transporte. Como no existían fronteras naturales para separar los pueblos ni tampoco autoridad central, los diversos grupos cambiaban a su antojo de residencia, poniéndose en contacto con agrupaciones de diferente raza y civilización confusa. No había comercio porque no existía variedad de productos naturales que no fuera común a todas las regiones. La cultura era tan uniforme como el medio, de modo que una región exenta de rasgos característicos tenía que producir un pueblo semejante. El valle del Amazonas fué la última región de importancia ocupada por el hombre. No hay allí testimonio alguno de gran antigüedad, así se trate de restos arqueológicos o de elementos contemporáneos de cultura. Las lenguas que todavía se hablan en él muestran una relación íntima con la de otros grupos. Las culturas, que son las primeras en revelar los efectos producidos por un cambio de medio, señalan algunas semejanzas, pero son de forma decadente.

Todos los elementos de que se dispone concurren a demostrar que la cultura de los indios de la América del Sur se desarrolló en perfecta armonía con el medio geográfico.

WILLIAM CURTIS FARABEE.

PROCLAMACION DE CANDIDATOS A DIPUTADOS NACIONALES POR EL PARTIDO SOCIALISTA

Una vista del público que concurrió al Frontón Buenos Aires, donde se hizo la proclamación.



El camarada Dickman perorando. El compañero Zaccagnini en el uso de la palabra. Una arenga del ciudadano Cúneo.

UNA AVENTURA CARNAVALESCA

JULIA oyó claramente en el reloj de la vecina iglesia tocar once campanadas.

Silenciosamente se deslizó de su linda camita de bronce y comenzó a vestirse lenta, sigilosamente... Una impresión de ahogo, de instabilidad psíquica, de angustia inefable, le obligaban a echar miradas llenas de miedo y de angustioso recelo hacia la pieza contigua en la que descansaba su anciano padre, comerciante afortunado que desdeñaba las fiestas carnavalescas, atractivas diversiones a las que se entregaba toda la ciudad, para descansar de un día de abrumador trabajo.

Y Julia, jovencita soñadora de diez y ocho años, con una cabecita traviesa de chica inexperta y un corazón de mujer ardiente, no pudo, no quiso entregarse al sueño ante la idea de que jóvenes como ella, menos alegres y menos hermosas quizá, podrían divertirse, compartir del bullicio del enorme gentío y lucir sus lindos vestiditos, realzados con las múltiples luces que engrandecerían el soberbio aspecto de la hermosa capital.

La luna, soberana reina de la noche, alumbraba la estancia con sus rayos de plata. Parecía una hoz mortífera, guadaña de la muerte quizá suspendida en el espacio infinito del azul del cielo....

Julia abrió lenta, cautelosamente, la puerta que daba al patio. En el silencio, creyó percibir un ruido... ¿Sería su padre?

Ante el terrible pensamiento su corazón latió fuertemente, amenazando salírsele del pecho. Esperó un rato inmóvil, con el cuello alargado y el oído atento. Parecía una obscura visión con su largo disfraz de dominó negro adornado con finas gasas encarnadas. No oyó nada. Algo más tranquila cruzó el patio y llegó hasta la puerta de calle. Allí se detuvo nuevamente. ¿Estaría él allí? ¿La esperaría? ¿Qué emociones le reservaba esa salida nocturna? ¡Ella lo quiso!

Casi de hinojos pidió aquella tarde a su novio y futuro esposo esa escapada preñada de angustia y dolorosos temores y ahora se admiraba de haber sido tan audaz y de haber abandonado las lindas tibiezas del lecho por seguir las locas ansias de su cabecita inexperta.

Al fin abrió cautelosamente. En la calle, frente a las puertas divisó algunos grupos de tontos trasnochadores, que contemplaban las escasas máscaras, sentados en amplios sillones de hamaca. Julia entornó la puerta.

Un grupo de alegres muchachos disfrazados, venían cantando al compás de los sonidos lánguidos de una guitarra. La joven los vió pasar oculta detrás de la entornada puerta.

—¡Julia!... —exclamó una voz cerca de ella.

—¡Pedro! ¿Eres tú?

—Sí, abre.

Julia abrió lentamente la puerta, oprimiendo con nerviosidad la mano del joven.

—Vamos rápidamente antes que estos vecinos sospechen algo. Y la miró amorosamente tratando de distinguir las lindas y bien modeladas facciones tras el antifaz que las cubría discretamente.

Tomaron un auto.

—¡Pedro! —exclamó Julia con angustia al subir.

—¿Tienes miedo?

—No, no —y rió nerviosamente con una risa hueca que no le llegaba al alma.

Los dos quedaron silenciosos, tomados de la mano y mirándose a los ojos, embargados de un no sé qué de temor y de contento que oprimía como pesada maza sus jóvenes y ardientes corazones. Siguieron así, largo rato, expresando con lenguaje mudo, palabras que no lograrían dar su valor idealista las voces materiales salidas de la garganta.

—¿A qué hora regresaremos? —dijo rompiendo el silencio la joven.

—A la hora que quieras, viejita.

Julia lo envolvió en una amorosa mirada, pareciéndole más simpático con su traje negro de pierrot y su semblante ligeramente empolvado. Era la única ilusión, la única esperanza que le restaba en la vida. Privada de cariño de madre, tenía sobrado corazón donde ponerlo.

El automóvil marchaba velozmente. Las luces, los faroles, los transeuntes desaparecían rápidamente semejante a fugitivas visiones que pasaban sin cansarse nunca.

Bajaron en Avenida de Mayo.

A pesar del temor que oprimía el corazón de Julia, no pudo menos que quedar admirada ante la espléndida belleza del espectáculo. Las calles se hallaban instransitables por el enorme cúmulo de vehículos. Los cafés, las lecherías, las confiterías, se hallaban repletas de gente ansiosa de apagar la sed originada por la noche sofocante, aunque deliciosa, con un cielo azul cubierto con los diamantes de las estrellas y con una brisa suave y tranquila. Julia estaba radiante de júbilo. Una alegría infantil había substituído a la inexplicable congoja. Y estaba linda con su obscuro dominó y las gasas rojas que sujetaban los pliegues rebeldes del disfraz.

Siguieron caminando largo rato, conversando alegremente, cuando al pasar por una lujosa confitería, una mujer, con soberbio traje de aldeana, encarándose con Pedro, exclamó furibunda:

—¡Infame! ¿Todavía te presentas con el rostro descubierto y con una miserable loca? ¿Por qué me dejaste después de engañarme? ¡Has sido el objeto de mi perdición, miserable!

Julia sufrió un redolor extraño como si dos corrientes eléctricas chocaran entre sí. Sus miradas se fijaron en el semblante de Pedro y leyó tal angustia, tal sorpresa, tal vacilación, que sus ojos se cubrieron con el velo acuoso de los que lloran por dentro!

—¡Pedro! —exclamó desesperada.

—Sí, Pedro. ¡El miserable! Haberme dejado después de obligarme a abandonar la casa, mi pobre hogar. — La mujer estaba furiosa, dispuesta a golpearlo. Ella, sin querer, midió todo el alcance de su inesperada revelación. ¿No había querido hacer esa noche lo mismo con ella?

Mientras tanto el grupo de indiscretos curiosos aumentaba por momentos. Un payaso ensayó una grosera broma, que enrojeció de rubor el semblante de la pobre joven. Un agente se acercaba dispuesto a enterarse del escándalo

La joven tuvo un momento de lucidez. Aquello era el descubrimiento de su aventura, la comisaría, el escándalo...

De pronto sintió una fuerte impresión como si un brazo vigoroso la atrajera. Quiso mirar al atrevido, pero no lo consiguió ante la enorme muchedumbre. Se deslizó del brazo de Pedro, siguiendo dócilmente a aquella atracción invisible, como hipnotizada, cuya voluntad no le pertenece. Sin embargo, pudo verlo. Era un joven arrogante, bien vestido que la condujo hasta el primer automóvil desocupado.

—Señorita, he comprendido su situación. Póngase en salvo antes que lleguen los curiosos.

Julia dió al chauffeur la dirección de su casa automáticamente. Tan emocionada estaba, que ni se acordó de dar las gracias al galante caballero. Se echó sobre los cojines, abatida, completamente aniquilada, ante la ruina del castillo soñador de sus queridas ilusiones.

—¡Pedro, su querido Pedro!... —Una rabia sorda le oprimía el pecho quitándole la respiración, y el relámpago de la escena pasada se le presentaba con colores lúgubres y reales...

Detuvo el auto media cuadra antes de su casa. La calle estaba silenciosa. Ni un transeunte pasaba por allí.

Julia abrió febrilmente la puerta. Una ráfaga impregnada con efluvios de jazmines, acarició su rostro.

Ni un ruido, ni un gemido interrumpió el grandioso silencio de la noche. Penetró en su cuarto. ¡Su padre dormía aún!... Se desvistió rápidamente y cuando estuvo en el blando lecho, incapaz de soportar por más tiempo la terrible emoción sufrida, rompió a llorar desesperadamente. Eran lágrimas amargas que penetraban por las comisuras de los labios queriendo aumentar el caudal de hiel que rebosaba en su corazón!

En su congoja, creyó oir una voz dulce que pronunciaba su nombre. ¿La había seguido Pedro? Queriendo convencerse, abrió sus ojos llenos de lágrimas y levantó su cabecita para oir mejor. Pero sólo llegó hasta ella la lejana y melodiosa endecha de varios trasnochadores y el susurro del viento al acariciar las hojas de las plantas del patio...

AFISO.



ADROGUE. — Grupo de concurrentes al baile de disfraz en el Hotel Las Delicias.



BANFIELD. — Baile de disfraz y fantasía realizado en el Club Social.



BARRACAS. — En el corso: Coche de las familias Bugeholz, Butly y Babba.



BARRACAS. — Palcos de las familias Iglesias, Colombre, López y Seoane.

Fots. Naftaly y Mirelli.

ARTE FOTOGRAFICO



¡SORPRENDIDOS!
(Fotografía tomada en Ayacucho por Germán G. Esteven).

EN LA ECURIE ROQUE FILIPPI

Hay entre los modestos profesionales del turf más de uno que se destaca y merece los honores de la pública exhibición por las campañas que realiza y los triunfos que alcanza con escasos elementos. Tales, entre otros, Mr. Roque Filippi, propietario y entraîneur de la ecurie que lleva su nombre.

Procedente del hipódromo de París, donde ejerció la profesión de jockey hasta que su excesivo peso le inhabilitó para proseguirla, llegó al país hacia el año 1912 y, consciente de su competencia, resolvió, al poco tiempo, constituir un pequeño stud propio y matricularse como propietario y como entraineur. Compró en las ventas de fin de año de 1912 un potrillito: Tresor.

En la temporada de 1913, Tresor ganó, en su primera presentación, una hermosa carrera, que fué, al mismo tiempo, el primer éxito de Mr. Filippi, como entraineur y como propietario de stud.



Tresor, ganador del Gran Premio de Honor en 1917. La copa de oro, obsequio del Jockey Club Argentino al ganador del premio, cuya confección se encargó a una casa de París, no ha podido importarse por ser contrabando de guerra el precioso metal.

El feliz resultado de aquel triple debut comportó el augurio de la figuración descollante que había de alcanzar en breve con su potrillo único. En efecto, durante aquella primera temporada obtuvo muchos premios, y, entre ellos, varios clásicos con Tresor, que venció a los competidores más notables de su época, como Aventurero, Fripón, Aguerido, Evae, etc.

Mr. Filippi, como entraineur, sobresalió en la ciencia de la conservación del buen estado de los caballos, y así consiguió repetir con Tresor más de una campaña tan brillante como la primera, o superior. A fines de 1915 y principios de 1916 conquistó nueve de los once premios en que Tresor intervino, y perdió los dos restantes a media cabeza. Entonces ocurrió a Tresor algo que nunca pudo explicarse y que lo alejó de las pistas hasta mediados de 1917. Para la temporada de 1917 Mr. Filippi tenía cuatro caballos: Tresor, Jean Valjean, París y otro potrillo llamado Le Grand Corse, que no ha podido debutar por contratiempos sufridos en su training.

¿Quién no recuerda la figuración que alcanzó Mr. Filippi en esta última campaña con sólo los tres primeros de los caballos mencionados? Conquistó la copa de oro del clásico Montevideo con París, que venció, entre otros, a Los Gorros, Takecare y Datilero; ganó la copa de oro de nuestro Gran Premio de Honor con Tresor, venciendo a Craker, Digital, Saint-Emilion, etc.; obtuvo con los mismos y con Jean Valjean varios otros premios y ocupó, en fin, el quinto puesto en la estadística de sumas ganadas, a pesar de haber malogrado bruscamente, en lo mejor de la campaña, el buen estado de los tres caballos por haber faltado «el ojo del amo», que cayó en una larga enfermedad pocos días antes de la conquista del Gran Premio de Honor.

Tresor, corrido en momentos en que se encontraba sentido de los remos, quedó deshecho, acaso para no volver a correr más; París, desatendido en una lastimadura de la boca que le impedía comer, enflaqueció hasta parecer un esqueleto, como se ve en la fotografía que publicamos; Jean Valjean y Le Grand Corse, que no ha podido debutar hasta la fecha, sufrieron las consecuencias de la misma desatención.

Vaso «Pantonello», reproducción de una famosa copa romana descubierta en el lugar de la villa del emperador Adriano, obsequio del Jockey Club uruguayo al ganador del premio Montevideo, conquistado por París el 24 de junio de 1917 en la pista del Hipódromo Argentino.



Señor Roque Filippi.

París, ganador de la copa de oro del premio Montevideo en 1917.

Era natural que Mr. Filippi, presionado por la visión del desastre que se cernía sobre su pequeña pero gloriosa caballeriza, violentara su convalecencia para atenderla por sí mismo. Así los cuatro caballos principiaron a recuperar su estado.

Pero Mr. Filippi había hecho un esfuerzo prematuro y recayó. Los médicos le imponen la abstención absoluta en las preocupaciones relacionadas con la ecurie. No tiene, pues, más remedio que desprenderse de los caballos que constituyen su patrimonio y su gloria.

WAMBA.

DE MAR DEL PLATA

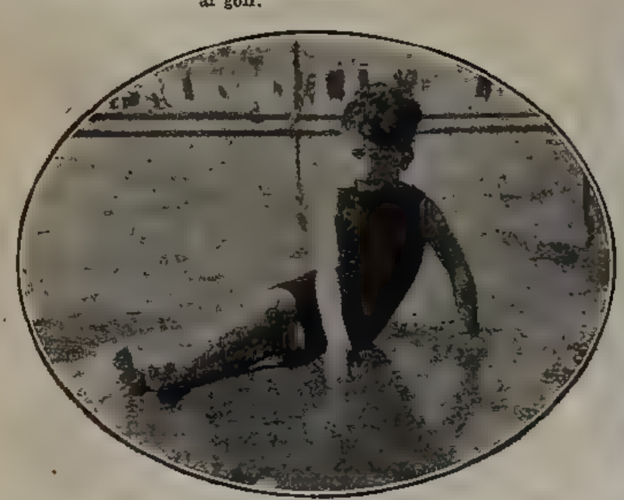
Señoras González Guerrico de Sastre y Julia Elena Martínez de Hoz, marquesa de Salamanca, durante el baile español realizado en el Club Mar del Plata.

El comandante del acorazado San Martín, señor Escutary, y demás invitados al te con que se le obsequió con motivo de su partida.

Señorita Chela Zuberbühler jugando al golf.

Señorita Josefina Udaondo, en el Golf.

En el Golf. La señorita de Bary en un descanso.



Un pibe melancólico y meditabundo, pensando en los encantos del mar.



Señoritas Lola, Ernestina y Elvira Mujica y niño de Vivanco Mujica.



Prestigiosas figuras de nuestra sociedad en el Ocean Club.

Señorita María Teresa Baudón y señor Manuel Zeballos (hijo).



Señores José Evaristo de Veyga, Leonardo Carman (hijo) y Luis M. Rizzi.



En la Rambla Bristol. Señoritas de Aldao y Peña y señores Catelín y Ayerza.

DE NECOCHEA

¡A la orden del fotógrafo!...



Un grupo de señoritas experimentando las delicias del mar.



Niño Manuel Mas.



En la arena.

Fots. Bonín y Mas.

LA VENDIMIADORA

Ya comenzó la vendimia;
la alegre vendimiadora
por los cargados parrales
que ha protegido Pomona,
con su delicada mano
gruesos racimos me corta
para escanciar de la uva
el moro vino que brota;
y al exprimirlas se siente
la placidez de su aroma,
y como néctar de flores
es su primicia melosa
rico licor de los dioses
que bebo en su misma copa.

La tarde estival que muere
tiernos idilios evoca
y pasan en turbamulta
los cosecheros. Mendoza
parece más atrayente
bajo el Rey Febo que dora
los caseríos bermejos,
las serranías rocosas;
ya baten los durazneros
los fuertes vientos del zonda
o corre suave la brisa
que besa en calma, amorosa,
la faz de la bella niña
y su cabellera blonda.

Canta el agua cristalina
sus magistrales estrofas
al caer de la fontana,
pero no canta ella sola;
millares de pajarillos
vuelan de una rama a otra
entonando los arrullos
de sus voces melodiosas;
poco a poco va escondiéndose
el sol, y la noche torna
y ríe la blanca luna
desde la estrellada bóveda
mientras el hada de amor
vela las tranquilas horas.

Ya comenzó la vendimia;
la alegre vendimiadora
con sus manitas de plata
de vendimiadora hermosa;
la de los ojos cautivos
la de dulcísima boca,
bella y jovial argentina
por cuya cuna se goza;
la princesita de un sueño
sueño de amores y glorias;
¡vendimiadora hechicera
por muchos años, tú logra
que vino tan generoso
bebamos por esta copa!

ALFONSO DÍAZ.

EL CORSO EN LOMAS DE ZAMORA



Uno de los palcos.



Coche de la familia de Delboy.



Coche ocupado por las señoritas de Ongaria y Balbano.



Coche de las señoritas de Alegre, Calderón, Montes, Fernández y Cosentino.

Fot. Naftaly.

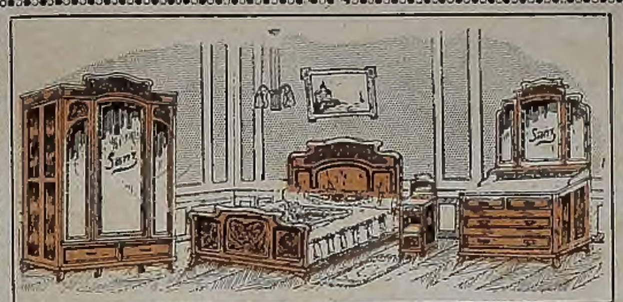
ALUMNAS EGRESADAS

Grupo de alumnas egresadas de la Escuela Normal número 6.

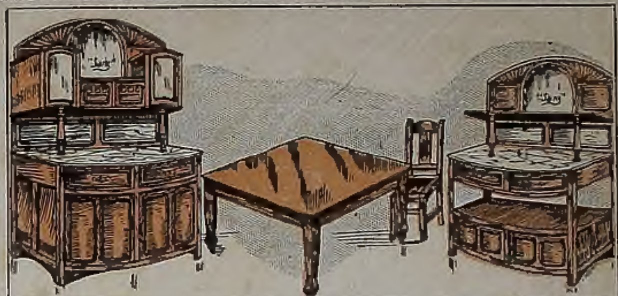
Fot. F. Bixio y Cía.

Para Muebleros y Particulares

Con plata en mano--ésta es la fábrica que vende más barato en Bs. Aires.



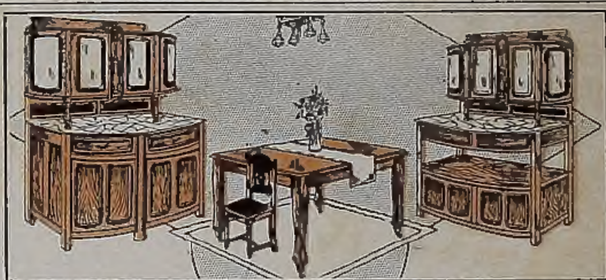
Roble norteamericano o cedro caoba, importado, 3 cuerpos, gran formato, para matrimonio, 9 piezas. Colcha obsequio........ **$ 270**



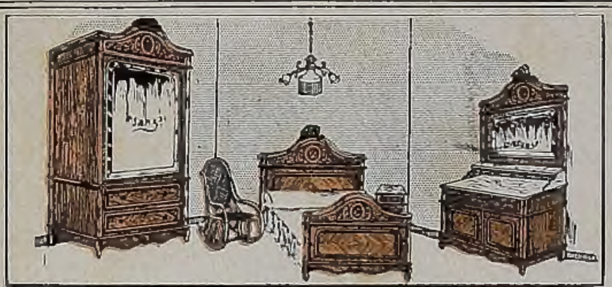
Comedor roble o cedro caoba, c. bronces, las dos piezas........ **$ 215**
Sillas haciendo juego, docena........ $ 110
Mesa 3 tablas, roble........ $ 32



Roble macizo norteamericano, con bronce, 9 piezas, para matrimonio. Colcha obsequio........ **$ 220**



Aparador y trinchante, roble macizo o cedro caoba, con bronces........ **$ 210**
Sillas haciendo juego, docena........ $ 110
Mesa 3 tablas........ $ 32



Luis XV, nogal de Italia, para matrimonio, reclame, 8 piezas, lunas biseladas, mármoles rosa. Colcha obsequio........ **$ 175**



Aparador y trinchante, roble o cedro, con bronces........ **$ 155**
Sillas haciendo juego, docena........ $ 110
Mesa 3 tablas........ $ 32

Dormitorio c. roble o cedro caoba, 7 piezas. Colcha obsequio........ **$ 85**



Reclame. Aparador y trinchante, c. bronces........ **$ 125**
Sillas haciendo juego, docena........ $ 75
Mesa 12 cubiertos........ $ 35

CASA SANZ · 826-Sarmiento-844. · Casi esquina Esmeralda

No tiene sucursal. **F. Ramognino.** Embalaje, catálogos y flete gratis.



Harrods
LA SEMANA
SEMESTRAL
DE
Sedas y Tejidos
termina el sábado 19 del corriente
y constituye una verdadera OFERTA ESPECIAL que HARRODS brinda a su distinguida clientela y al público, para que puedan adquirirse durante estos días los Tejidos y Sedas de rigurosa moda a precios excepcionalmente reducidos. Constituye además una verdadera OPORTUNIDAD que todo el mundo debe aprovechar por tratarse de una OFERTA HARRODS que se realiza en plena estación de verano en condiciones ventajosas de CALIDAD y PRECIO.
ESPECIAL SALDO EN RETAZOS DE SEDAS Y TEJIDOS
SOBRESALEN POR SU ORIGINALIDAD Y MODA:
EN TEJIDOS
Satalga.
Diavella.
Diafine.
Buracotta.
Serge Foulard.
Côte de Berdun.
Jersey.
Satin Imperio.
Crêpe Ondine.
Tricotina.
Gabardina.
Velardina.
Djersabure.
EN SEDAS
Radium imprimé.
Twill.
Crêpe de Menthie.
Jersey de Seda
(En todos los colores).
Nattine Shantung.
Foulard de Fantasía.
Charmeuse.
Crêpe de Chine.
Foulard del Japón.
Crêpe Satin.
Voile Lingerie.
Gasa Chiffon.
Crêpe Rose.
Mousseline Linon.
Crêpe Georgette.
EN ALGODONES
Crêpe Brica.
Crêpe Indou.
Mousseline Plumety.
Linetta Rayur.
Plumety Voile.
Variado surtido en géneros de alta moda para Playa y Sport.
Casa en
Mar del Plata:
San Martín 2465
U. T. 292, Mar del Plata.
Harrods
FLORIDA 877
Y PARAGUAY 554